

K-2 1995

Libro K-2. La Montaña Sin Retorno

Intento sujetar la máquina y finalmente resbala en mis manos, las vendas no me permiten cogerla bien y tengo que apretar el disparador con el pulgar que es el único dedo que tengo libre. He perdido la oportunidad de fotografiarle y Atta, que está a mi lado, se ha dado cuenta. Toca levemente el hombro del copiloto que, apartándose la mascarilla del oxígeno, se vuelve hacia nosotros y puede ver como le hace un gesto indicándole que dé la vuelta. Rápidamente, el helicóptero gira y la imponente pirámide del K-2 vuelve a estar ante mis ojos. Esta vez consigo hacer dos fotografías.

Mientras miro la montaña por última vez, no puedo contener las lágrimas. Allí se quedan nuestros amigos y con ellos una buena parte de nuestra vida. Una sensación de tristeza y de soledad me va invadiendo mientras veo pasar bajo mis pies la accidentada morrena del Baltoro que dos meses antes habíamos recorrido llenos de ilusión y de entusiasmo. ¡Qué diferente es el regreso! Volvemos tristes, derrotados y heridos. Siento que se me hace muy difícil estar vivo, tener que explicar qué ha pasado, responder a tantas preguntas que yo mismo me he hecho y para las que no hay respuesta. La línea que separa el éxito del fracaso, la vida de la muerte, es tan fina ... Me parece estar viviendo un sueño, una pesadilla, no puedo creer lo que ha pasado; nuestros amigos, que salieron de las tiendas una mañana en dirección a la cumbre, no regresaron jamás.

Absorto en mis pensamientos, hasta dejo de escuchar el ruido ensordecedor del helicóptero y me traslado a aquel ya lejano día de finales de Junio en el que comenzamos este viaje sin retorno.

EXPEDICIÓN ARAGONESA K-2 1.995

Aproximación

”Abróchense los cinturones .

¡Por fin salimos! Siento como una verdadera liberación, las largas despedidas me estaban agobiando, tenía ganas de estar sentado a bordo del avión y partir. En el fondo creo que tengo ganas de volver, de que todo haya terminado. Pienso que esta extraña sensación que me invade siempre que voy a ir a una expedición no es otra cosa que el miedo, miedo a la incertidumbre y a la posibilidad de no volver. Sólo la ilusión de escalar la montaña elegida y la compañía de mis amigos me ayudan a superar este miedo y a no darme la vuelta antes de entrar al avión. Pero también necesito superar este miedo escalando, esto me produce una sensación que, como una droga, necesito sentir de vez en cuando. Supongo que se trata de superar el reto de la montaña y que otros también tendrán sus propios retos a los que superar. Muchas veces hubiera querido no conocer la montaña, no sentir su llamada, todo sería mucho más fácil y no haría sufrir a los que me quieren... Como siempre, prefiero no profundizar en estas reflexiones, ahora ya estamos volando y la sensación de lo inevitable me proporciona la tranquilidad que anhelaba.

Pero es que esta vez vamos al K-2, la gran montaña. Todos conocemos su historia y su reputación de montaña difícil y peligrosa. Esta montaña nos atrae particularmente pero también sentimos un gran respeto que, perfectamente, podría tratarse de temor. Sentimos un hormigueo en el estómago que sólo nos desaparecerá cuando estemos escalando sus laderas y veamos si realmente somos capaces de subirla.

Londres, Manchester,... Largas horas de vuelo, apenas me muevo de mi asiento, intento evadirme en mis pensamientos para hacer más corto el trayecto. Mientras, mis compañeros de viaje deambulan continuamente por el largo pasillo del avión. Cuando amanece estamos ya muy cerca de Pakistán.

Rawalpindi. Cuando salimos del avión, el calor, la humedad y ese olor característico me traen viejos recuerdos que creía olvidados. Estamos aquí, en Pakistán, hace doce años que vinimos a escalar el Hidden Peak y entre los recuerdos están los amigos que esta vez, por diversas razones, se han quedado en casa.

Sin grandes problemas, pasamos la aduana en medio del gentío y al otro lado descubrimos a Pepe y a Ansón que nos esperan. Ellos han venido una semana antes que nosotros para adelantar los trámites burocráticos. Enseguida nos ponen al corriente de la situación; todo está perfectamente arreglado y esta noche misma partiremos en un autobús hacia Skardú. El sistema de transporte es lento y pesado pero lo preferimos a la larga estancia en el aeropuerto esperando un periodo de buen tiempo para trasladarnos en avión.

Atta Ul Haque, capitán del ejército del aire, es un hombre fornido, de talla más bien baja, tez oscura, musulmán, muy religioso y estricto, podría decirse que demasiado estricto. Es nuestro Oficial de Enlace, lo hemos conocido antes de partir hacia Skardú. La primera sensación no ha sido mala pero nos ha preocupado su intención de escalar el K-2 con nosotros. Nos ha comentado que es alpinista y que ha escalado otras montañas, algunas como el G-II de más de 8.000 metros. Hemos discutido el asunto entre nosotros y la opinión general es que no queremos intrusos, le damos demasiada importancia al hecho de ser un grupo de amigos, somos un equipo, esperamos que las dificultades de la montaña le disuadan porque tampoco queremos tener problemas diciéndole lo que pensamos.

Antes de partir hacia Skardú, Atta nos invita a cenar en su casa. Vive en un barrio apartado del centro, la calle es oscura y está en un estado lamentable. Cuando entramos en la casa nos recibe la familia de Atta, varios hombres, numerosos niños y ninguna mujer aunque podemos oírlos en la cocina donde están muy atareadas ante nuestra llegada. Enseguida nos instalamos en el comedor, una amplia estancia sin apenas muebles y donde nos sentamos en el suelo donde está tendido un mantel. Los hombres van trayendo la comida y comenzamos a dar cuenta de ella mientras establecemos un diálogo de bobos haciendo comentarios absurdos porque el inglés de la mayoría de nosotros no da para mucho más y el de alguno de nuestros anfitriones ni siquiera para eso. Pronto no sabemos donde poner las piernas, la postura no nos resulta muy cómoda y no podemos estirarlas sin riesgo de tirar la sopa. Alguien descubre que hacer una foto es una buena excusa para ponerse de pie y aliviar las extremidades, yo, como no tengo la máquina, me dedico a jugar con los niños y así poder abandonar momentáneamente esta postura imposible.

Como todo en esta vida, la dura cena termina y comienza otra larga búsqueda de posturas, esta vez es en el autobús, pero el cansancio que acumulamos es un buen aliado y pronto nos abandonamos en un largo y profundo sueño.

Cuando despertamos, el autobús está circulando por una carretera estrecha y en mal estado. Mejor no pensar en el caudaloso río de aguas negras que tenemos bajo nosotros, el conductor lleva más de ocho horas conduciendo sin parar. Estamos en plena carretera internacional que fue financiada por los chinos y que une China con Pakistán, la Karakorum Higt Road. Esta carretera va bordeando al macizo del Nanga Parbat, último bastión del Himalaya, siguiendo el curso del río Indo. Más al Norte se desvía hacia Gilgit en dirección al Sin Kiang chino. Cada vez que nos vamos a cruzar con algún vehículo, sentimos un sobresalto que amenaza con pararnos el corazón, ninguno de los dos vehículos aminora su marcha y, no sabemos como, consiguen caber en la reducida anchura de la carretera. Nos cuesta bastante acostumbrarnos a la circulación por la izquierda, los sustos son continuos, ...es mejor no mirar y que pase lo que quiera.

Las fuertes lluvias del Monzón que este año está siendo más activo de lo habitual, han producido grandes desprendimientos que cortan a menudo la carretera formando largos atascos que aprovechamos para estirar las piernas. La caravana de camiones y autobuses que circula por estos lugares es variopinta y esto nos da oportunidad de hacer algunas fotos curiosas. En estos lugares las cunetas están repletas de cáñamo, es la mariguana, una droga muy habitual mente utilizada por los paquistaníes.

Después de unas 38 largas horas de viaje llegamos a Skardú, la capital del Baltistán. Este país fue un antiguo reino que durante mucho tiempo estuvo completamente aislado en medio de estas montañas. La existencia de un aeropuerto facilita el acceso aéreo y, gracias a la Karakorum Higt Road, también es perfectamente accesible por vía terrestre.

Skardú es una ciudad bulliciosa y desordenada donde todos sus edificios son una especie de bazares a medio construir. Esto, añadido a una atmósfera siempre cargada de polvo, hace de esta ciudad una de las más feas del mundo, claro que el enclave donde está situada, en medio de altas montañas, palia en gran medida estos defectos.

Acompaño a Abdul, nuestro cocinero, a hacer las últimas compras, algunas perola, cubiertos y algo de equipo personal para él y para Atta, el oficial de enlace. Abdul es hunza, tribu famosa por su fortaleza en montaña y de donde proceden los escasos porteadores de altura que hay en Pakistán. Es un hombre espigado, de mirada inteligente y despierta. Regatea sin cesar antes de comprar y por sus gestos descubro que hay dos tarifas, una para los paquistaníes y otra para los extranjeros, bueno, supongo que hay que tragar, no solo va a ocurrir esto en Benidorm.

Nos hospedamos en el hotel K-2, no podía ser menos. Es un hotel confortable y limpio que tiene un magnífico jardín con vistas hacia el río Braldo y el valle por donde tenemos que adentrarnos en las montañas. Allí montamos nuestro almacén donde, durante dos días, estaremos reorganizando todas las cargas haciendo bultos de unos 25 Kg. También es aquí a donde acuden todos los porteadores que

desean ser contratados. Necesitamos tres Sirdars, es una exigencia que nos hacen porque los porteadores proceden de tres pueblos distintos. Bueno, a regañadientes accedemos, parece que no hay más remedio. Las cosas han cambiado desde que vinimos por aquí la última vez, además de cobrar mucho más, los Sirdars no portean absolutamente nada y tampoco son capaces de entenderse con los del pueblo de al lado.

El día 24 de Junio, con toda la carga a bordo de cinco jeeps, comenzamos la marcha de aproximación. El primer día consiste en recorrer la larga pista que nos lleva hasta Tongo, pequeño poblado situado a media hora escasa de Askole. Este trayecto sigue el curso del río Braldo por la antigua pista que terminaba en el puente de Dasso pero que en la actualidad continúa por una precaria pista que hay abierta hasta los últimos poblados del valle y que, con grandes dificultades, discurre atravesando empinados canchales y pendientes inverosímiles que nos siguen proporcionando continuas emociones y derroches de adrenalina. Ciertamente no sabemos como será el K-2, pero muy mal ha de ser para que pasemos más miedo que en esta aproximación. Si en el peor sitio de la pista se ve venir otro vehículo de frente, no paran en cualquier lugar donde la maniobra sea más fácil, no, eso no tiene emoción, continúan sin problemas y cuando lo tienen en frente, entonces improvisan las maniobras que permitan el cruce. Claro, esto en una pista donde para construirla debieron de medir la anchura de un jeep olvidándose de que llevan espejos retrovisores y con las aguas negras y turbulentas del río Braldo cincuenta metros más abajo, tiene su gracia, no es de extrañar que algunos de nosotros, con la excusa de tener que hacer algunas fotografías, estuvieran a la menor oportunidad con los pies en el suelo.

Continuamente estamos atravesando el río de una vertiente a la otra por bonitos puentes colgantes. Con algunas dificultades conseguimos fotografiarlos. Está terminantemente prohibido hacerlo, son lugares estratégicos y las fotografías podrían ser utilizadas por el enemigo. En la actualidad Pakistán y la India están manteniendo una auténtica guerra disputándose estas montañas del Karakorum. Cuando se produjo la separación de ambos países, en esta zona no quedó bien definida la frontera y cuando en 1.983 se descubrieron soldados indios en los valles a los que nos dirigimos, comenzaron los enfrentamientos que han obligado al ejército paquistaní a crear una costosa infraestructura para mantener toda una serie de puestos militares y depósitos de combustible a lo largo de todo el valle del río Braldo y del glaciar de Baltoro con una línea telefónica de 150 Km que mantiene comunicados todos estos puestos con Skardú.

Atta nos explica algo de esta guerra entre Pakistán y la India. El frente se encuentra en el glaciar Siachen y el último destacamento paquistaní está en el collado de Conway, a 6.000 metros de altitud. No defienden ningún lugar estratégico ni nada más que el prestigio de poseer estas montañas. A Pakistán le costó mucho poder crear la infraestructura necesaria para poder mantener estos puestos a semejante altitud. Hay continuas bajas debidas más a la altura que al enfrentamiento. Nos cuenta una ascensión que hicieron al Sia Kangri, tenían que subir de noche o con niebla porque los indios les hostigaban continuamente....

Cuando llegamos al final del trayecto, en Tongo, todos los porteadores que habíamos contratado el día anterior nos están esperando. No sabemos muy bien como han podido hacer el viaje, pero no falta ninguno. Mientras Pepe, el Americano y yo ordenamos las cargas, el Flaco comienza a montar nuestras tiendas. Avellanas, con la

ayuda de Ansó n que le hace de intérprete, improvisa una consulta porque comienzan a aparecer enfermos. Javier, filmando con el vídeo, no se pierde ni una escena. La totalidad de los porteadores permanecen sentados en cuclillas alrededor nuestro mostrando una curiosidad similar a la que nosotros sentimos por ellos. Cuando tapamos todas las cargas con un toldo, comprenden que hasta mañana no las repartiremos y entonces se retiran a descansar.

Dos niños mocosos y sucios nos miran pasar con sus grandes ojos negros, detrás de ellos, una mujer hace ademán de tirarme una piedra cuando intento fotografiarla. Entiendo que no le gusta y guardo mi máquina.

Askole es la última población que tenemos en nuestro camino. Es un conjunto desordenado de casas cuyos tejados son una especie de terrazas donde, en ocasiones, se amontona algo de leña. Alguna escalera de mano da acceso a los pisos inferiores, parece como si los edificios fuesen subterráneos. La ausencia de chimeneas explica el penetrante olor a humo que tienen nuestros porteadores.

La construcción del último tramo de pista nos ha ahorrado tres días de caminata pero nos ha privado de la esencia de las expediciones, de conocer a los hombres que habitan estas montañas. Pasamos por aquí demasiado deprisa y no podemos contemplar, solo ver. Nos corre demasiada prisa llegar a la montaña. ¿Cómo son estas gentes? ¿Qué piensan de nosotros, de nuestra manía de subir montañas? ¿Hasta qué punto les beneficia la llegada de las expediciones y de los trekkings?... Tantas preguntas sin respuesta, es una lástima pasar por aquí con tanta prisa.

Antes del amanecer hemos comenzado a repartir las cargas y al final de la mañana hemos abandonado Tongo. En las afueras de Askole, una familia estaba en plenas labores de siembra. Los hombres labrando con una yunta de bueyes y las mujeres, con llamativos vestidos, echando la semilla. He hecho muchas fotografías, la escena es muy bonita y no quiero olvidar. Al otro lado del río, ocupando la terraza de aluvión, otro oasis similar al de Askole, verdes campos de cultivo, seguramente serán de cebada como aquí, en torno a un conglomerado de casas apenas perceptible. Llama la atención cómo en medio de estas montañas tan áridas consiguen tener estos auténticos vergeles. Una línea verde enlaza el oasis de enfrente con el barranco más cercano, es la acequia que suministra el agua necesaria para el riego.

Recuerdo cuando regresé del Hidden Peak, iba sólo con el Oficial de Enlace y con un porteador, tenía congelaciones en ambas manos y estas gentes me acogieron en sus casas, comí con ellos. No sé de donde, pero me trajeron una pequeña cucharilla para comer pollo con arroz.... También recuerdo cuando subíamos al Stok Kangri, en Ladak, cerca de aquí. Llegamos de noche a una cabaña de pastores, eran dos niños. Se levantaron, nos dieron de comer y, a pesar de nuestras protestas, tuvimos que dormir donde ellos lo estaban haciendo...

Mientras recuerdo esta escena a la sombra de un albaricoque, han pasado todos los porteadores y debo continuar. La prisa de siempre.

El camino se va haciendo cada vez más agreste, ya no hay campos de cultivo, tan sólo el río Braldo con sus aguas negras y bravas. A menudo el camino desaparece y andamos de piedra en piedra por la orilla del río. Las montañas que nos rodean son cada vez más altas y agrestes.

Hemos cruzado el glaciar de Biafo y, después de descansar en Corofon, donde Abdul nos había preparado un estupendo té, hemos llegado a Jola. Aquí, dos pequeñas tirolinas nos han ayudado a cruzar un río. El paso del río, sentado en una pequeña caja de madera, colgado de una vieja sirga y con las aguas negras y turbulentas que parecen estar esperando tragarse al primer desgraciado que caiga en ellas, es, por lo menos, impresionante. Estos puentes de peaje nos evitan dar un rodeo de tres días porque, tal y como baja el río, es imposible badearlo.

Al otro lado del río montamos el primer campamento. Aunque el agua del Braldo esta negra y helada, aprovechamos para darnos un baño y quitarnos el polvo. Por tarde, mientras estamos cenando, una tormenta de viento y arena nos restituye todo el polvo que nos habíamos quitado y casi nos deja sin tiendas.

Además de la presencia de los militares que ocupan puestos repartidos a lo largo del valle y que parecen custodiar depósitos de combustible, seguramente para los helicópteros que, de vez en cuando, surcan el cielo a gran altura hay dos grupos viajando con nosotros. Se trata de una expedición neozelandesa capitaneada por Peter Hillary, hijo del famoso Edmund Hillary que fue el primero en escalar el Everest, y que también se dirigen al K-2 y un trekking australiano que quiere subir hasta el Campo Base. Las barreras del idioma son grandes y apenas tenemos más contacto con ellos que alguna sonrisa y alguna tímida frase.

27 de Junio. Estamos en Paiju, a unos 3.500 m. de altitud. Llegamos ayer después de cuatro horas de marcha y hoy aprovechamos para descansar. El tiempo es bueno y estamos acampados, más bien podría decirse apiñados, bajo la sombra de un pequeño bosque. Los neozelandeses y los australianos tienen sus tiendas en unas terrazas frente a nosotros y nuestros porteadores están en otras terrazas justo bajo las nuestras, ya no hay sitio para nadie más. Sin embargo, ayer por la tarde llegó un nuevo trekking que regresaba de Concordia y también acampó como pudo. Los porteadores recorren toda la zona aprovisionándose de leña para el resto de la marcha de aproximación y están produciendo una grave deforestación. Dando un paseo se encuentran numerosos enebros talados. También nosotros estamos colaborando en destruir este bello rincón, la basura que entre todos generamos es importante y se queda aquí irremediamente.

La sorpresa ha sido encontrar aquí un "bar" donde puedes encontrar bebidas frescas. ¡Increíble! Solo me consuela y me quita algo el complejo de culpabilidad el pensar que debe haber más rincones como Paiju en el Karakorun que todavía están a salvo de nosotros.

La nota positiva es un plan de reforestación patrocinado por Japón que intenta paliar, mediante la plantación de nuevos árboles, la destrucción de este enclave. Pero viendo a los porteadores cortar leña, me temo que adelantan más que los japoneses.

Este pequeño oasis está situado frente a la morrena frontal del glaciar de Baltoro. El río Braldo surge con sus negras aguas de las mismas entrañas del glaciar. Desde aquí divisamos las espléndidas paredes de las Catedrales del Baltoro, murallas de casi 2.000 metros de desnivel donde se están realizando las escaladas más vanguardistas. A partir de mañana, la aproximación consiste en recorrer todo este glaciar hasta Concordia y allí desviarnos hacia la izquierda por el glaciar Godwin Austen hasta la base del K-2, cuatro días de marcha para recorrer cerca de cincuenta kilómetros de glaciar.

Urdokas es una plataforma situada en la margen izquierda del glaciar donde todavía hay hierba, un lugar agradable para acampar. La vista de las grandes Torres de Trango es impresionante. Lorenzo Ortiz nos cuenta sus experiencias cuando escaló la vía Loretan-Kurtika a la Torre sin Nombre en el año 93. Una sana envidia nos corroe a todos porque esta torre es la más atractiva de cuantas desde aquí divisamos.

Mientras nos afanamos en reorganizar las cargas, tenemos a todos los porteadores sentados en una gran piedra. Llevamos ya varios días gastando comida y combustible y hay cargas que no pesan nada. Nos sentimos engañados y se lo hacemos saber a los Sirdars, éste es su trabajo y no lo han hecho, y encima tenemos tres Sirdars (¡!). Estamos realmente enfadados. Hay unos momentos de tensión y confusión porque estamos haciendo su trabajo, pero no queremos que piensen que no nos damos cuenta de su dejadez. Al final nos desharemos de diez porteadores y esto supone un importante ahorro para nuestra pobre economía.

El tiempo ha empeorado y las montañas aparecen envueltas entre negros nubarrones que, lejos de quitarles belleza, les dan un aspecto tétrico y más impresionante.

Al día siguiente, con un magnífico día que nos permite divisar todas las montañas, nos volvemos a adentrar el glaciar. El camino es difícil de seguir y entre tanta subida y bajada por las interminables morrenas superficiales acabamos perdiéndonos, los porteadores van a una velocidad endiablada y, al menor descuido, te quedas solo. No importa, sabemos la dirección en la tenemos que ir y tras algún que otro rodeo, terminamos encontrando el buen camino. Pasamos por debajo del Masherbrum, una gran montaña de casi 8.000 metros y de aspecto inaccesible. Más adelante, cuando estemos encaramados en las laderas del K-2, seguro que la veremos mejor.

Cada día, cada rincón, nos sorprende con una nueva montaña más bella, más alta que las del día anterior. Hacemos muchas fotos, es un afán por retener las impresiones, un afán por detener el tiempo y no olvidar.

Dormimos en Goro II, un lugar impreciso en el glaciar, en medio de las piedras y del hielo. Al Norte ya se comienzan a ver algunos de los gigantes del Karakorum, el Broad Peak y el Gasherbrum IV. Los recuerdos han perdurado desde el 83 cuando pasamos por aquí la última vez.

El día 30 de Junio, muy temprano, como todos los días, partimos de nuevo. Estamos a más de 4.500 metros de altitud, hace bastante frío y los porteadores se abrigan con viejos sacos mientras nosotros nos vestimos con nuestros forros polares. Remontamos el glaciar rumbo a Concordia.

Por el camino nos hemos cruzado con una expedición que regresaba a casa. El único componente de este grupo nos ha contado, con cara abatida, que su compañero había desaparecido cuando estaba intentando escalar en solitario el Gasherbrum IV. Se trata de Slavko Svetcic, un escalador esloveno famoso por sus escaladas en solitario en los Alpes y que últimamente había participado en expediciones a las más difíciles paredes del Himalaya. Más que el hecho del accidente, cosa hasta cierto punto normal en estas montañas que rozan el límite de las posibilidades humanas, me impresiona el hecho de la desaparición, una persona, un amigo, que sale un día con toda la fuerza y la vida que da la ilusión por escalar una montaña y no lo vuelves a ver más. Siempre recuerdo a nuestro amigo Enric Font que se quedó en el Manaslu con su compañero Pere Aymeric. Hablaron con el resto de sus compañeros de expedición desde un campamento de altura y ya no volvieron a dar señales de vida. Aquellas muertes también me impresionaron mucho, sobre todo por la incertidumbre que produce el no saber exactamente qué ha pasado.

Estamos en Concordia, 4.700 metros, inmensa plaza donde confluyen, como grandes avenidas, los glaciares Godwin Austen, procedente del K-2, y el Baltoro que, haciendo una gran curva, se desvía al Este hacia el Chogolisa y los Gasherbrum. En torno a esta gran plaza, el más bello conjunto de montañas de la Tierra, el Mitre Peak, el Chogolisa, el Gasherbrum IV, el Broad Peak y el K-2.

Cuando hemos montado las tiendas, al atardecer, todos juntos, hemos remontado el glaciar media hora más y hemos contemplado la magnífica pirámide del K-2. Estaba impresionante y sobrecogedora. Es una montaña perfecta, arranca desde los 5.000 metros de un tirón hasta la cumbre a más de 8.600 metros de altitud. Varias capas de nubes estratificadas a media altura daban una idea más exacta de la magnitud de esta montaña. Sin duda Messner dio la definición más exacta al llamarla "La Montaña de las Montañas".

Al contemplar nuestra montaña, una mezcla de alegría y de temor nos invade. Estamos contentos de estar aquí pero nos gustaría estar de vuelta. La ruta Cessen que queremos escalar se ve muy vertical y difícil. Todos manifestamos estas sensaciones cuando escribimos postales y cartas a nuestros amigos, es una montaña muy bella pero enorme.

El día 1 de Julio, una pequeña marcha nos lleva hasta el Campo Base a unos 5.000 metros. Por el camino hemos parado a saludar a Mari Ábrego y Josema que junto a otros amigos vascos está intentando escalar el Broad Peak. Prometen venir a visitarnos.

Mientras instalamos las tiendas, Anson, el Americano y yo hemos pasado el resto de la mañana pagando a los porteadores. Ha sido muy laborioso porque ha consistido en contar, por lo menos tres veces seguidas cada fajo de billetes, la primera vez los cuento yo y se los doy a Atta que los vuelve a contar y se los da al

porteador de turno que, de nuevo, comprueba si están todas las rupias que le corresponden.

Javier, Pepe, el Flaco y Avellanas han podido llamar a casa por teléfono vía satélite desde el campamento de los holandeses. Ya hace una semana que salimos de Skardú y nuestras familias tendrían ganas de tener noticias nuestras. Antes de partir ya sabíamos que había una expedición holandesa que tenía teléfono, lástima que tienen previsto regresar a su país a finales de Julio. No obstante, los neozelandeses, con los que, poco a poco, vamos teniendo más relación, también tienen teléfono, por cierto que las llamadas nos las cobran bastante más baratas que los holandeses que, curiosamente, han duplicado el precio al llegar nosotros.

Somos en total seis expediciones las que intentamos ascender al K-2:

Los Holandeses que están capitaneados por Ronald Naar, tienen un despliegue de medios impresionante, cámaras de TV, el ya comentado teléfono con el que transmiten crónicas continuamente, porteadores de altura, oxígeno y un equipo de diez alpinistas. Están intentando escalar por el Espolón de los Abruzos, la ruta original y más frecuentada del K-2.

Los neozelandeses que han llegado con nosotros y que forman un equipo de cinco alpinistas, uno de ellos canadiense. También quieren escalar el Espolón de los Abruzos.

Los catalanes que, cuando llegamos nosotros tienen a tres miembros a 7.000 metros y van hacia la cumbre para hacer ya el último intento. El jefe de esta expedición es Pep Aced y consta de siete miembros. Están intentando escalar la ruta Cessen, la misma que vamos a intentar nosotros. Ellos ya intentaron subir por el mismo sitio hace dos años pero, el mal tiempo les impidió llegar escasamente a los 7.000 metros.

Una expedición norteamericana cuyo jefe es Rob Slater y en la que hay ocho miembros, dos de ellos británicos, Alan Hinkes y Alison Hargreaves. Alison es una alpinista muy famosa en su país por las numerosas escaladas que ha realizado en los Alpes en solitario. Hace tres meses que ha ascendido al Everest por la vertiente tibetana en solitario y sin emplear oxígeno. Su aspecto de ama de casa no se corresponde con el impresionante historial. Al igual que los holandeses y los neozelandeses, quieren ascender por los Abruzzos.

La otra expedición que hay en estos momentos en la montaña es también norteamericana y está escalando la arista Oeste. Tienen su Campamento Base apartado del nuestro, en el comienzo del glaciar

Saboya, y tienen otro campamento base avanzado al pie de la arista Oeste donde están continuamente y, debido a eso, no tenemos apenas noticias de ellos.

- ¡Bad food! ¡No good!-Javier no puede reprimir su disgusto al probar la comida que nos ha hecho Abdul que con cara de no entender nada se mete en la cocina. Rápidamente Javier coge el jamón y comienza a cortar rodajas. Ahora el que pone mala cara es Atta que discretamente abandona la tienda comedor, su religión no le permite presenciar este pecado.

Pasta dura como maseta de albañil, sopa con intenso sabor a ajo,... como podemos vamos comiendo algo, será mejor que nos vayamos acostumbrando. Los que

estuvimos en el Everest no podemos evitar acordarnos de Pepe Rebollo que iba a venir con nosotros y que una indisposición de última hora se lo ha impedido. Con él estos serían otra cosa. Nos proponemos orientar al cocinero sobre nuestros gustos culinarios porque, de lo contrario, esto va a ser, como dice Javier, "un desastre".

Desde el Campamento Base la montaña se ve más humana, desde abajo los desniveles engañan y parece que la montaña es más accesible. Lo que más nos anima es que la ruta, según nos explican los catalanes, es bastante segura en lo referente a las avalanchas ya que está protegida por una arista de las que con frecuencia caen procedentes de una barrera de seracs situada a unos 7.000 metros. Por otra parte, la fuerte inclinación de la ruta impide que la nieve se acumule demasiado y tampoco se producen avalanchas. Estas consideraciones nos animan bastante y decidimos aprovechar el periodo de buen tiempo que disfrutamos para comenzar la fase de aclimatación y de porteo rápidamente.

Durante todo el día 2 de Junio estamos instalando el Campamento Base. Javier Olivar "Flaco" es el encargado de instalar la emisora de radio y la antena que nos permitirá estar en constante contacto desde los campamentos de altura. Flaco es el manitas en estas cuestiones de bricolaje y después de instalar el radiocasete incluido, comienza con el alumbrado, las placas solares y la instalación eléctrica.

A Javier Olivar, el "Flaco", lo conocemos hace años. Desde hace unos veinte, está de guarda en el refugio de Góriz, al pie de Monte Perdido, cargo que comparte con su compañera Marina. Aunque Flaco es un experimentado alpinista que ha realizado difíciles escaladas, algunas en invierno y en solitario, solo ha estado en una ocasión en el Himalaya, dentro de una expedición organizada por Montañeros de Aragón en la que escalaron el Bhriagu Panth (6.777 Pts.) en el Garuad. En las dos expediciones que organizamos al Everest quisimos que viniese con nosotros pero sus obligaciones en el refugio se lo impidieron. Esta vez el Flaco ha hecho un gran esfuerzo para venir al K-2, es una montaña que le gusta especialmente y, los que menos habíamos escalado con él, enseguida descubrimos que es un compañero ideal

Mientras tanto, los demás movemos montones de piedras para hacer un suelo a la tienda comedor. Ordenamos la despensa y el material y hacemos un cubierto para que, incluso con mal tiempo, podamos acceder a la comida directamente desde el comedor. Cuando ya hemos terminado con esto, comenzamos a mover piedras de nuevo para construirmos las plataformas donde montaremos las tiendas. Cada uno llevamos nuestra tienda individual, tanto tiempo juntos en poco espacio, se agradece un poco de intimidad de vez en cuando. Javier y yo nos montamos nuestras tiendas juntas, siempre lo hemos hecho así en las últimas expediciones.

Poco a poco, el Campo Base, ese montón de hielo y piedras, va pareciendo un lugar confortable.

A menudo habrá que volver a instalar las tiendas y a hacer las plataformas ya que el movimiento del glaciar y sobre todo el constante deshielo van dejando las tiendas deformadas y colgadas como en plataformas de las que, al final, incluso es difícil salir.

El mismo día 3 comenzamos la aclimatación y reconocimiento de la ruta. Ese día Lorenzo, el Americano, se queda descansando y los demás nos dirigimos hacia el pie de la vía por el glaciar. Apenas una hora después de salir ya estamos en el cono de deyección de la avalancha característica que parece bajar del mismo Hombro del K-2. Por al lado de esta avalancha pero protegida de ella por una pequeña arista rocosa, discurre la ruta Cessen que queremos escalar. Mientras Javier, el Flaco y Ansón van más adelante para fotografiar el espolón de los Abruzzos, la vía normal, si es que puede llamarse normal a una vía así, Pepe, Acta y yo comenzamos a subir las primeras rampas de nieve hacia donde más tarde colocaremos el Campamento I.

Nos hemos encordado y mientras vamos ganando altura vamos dándonos cuenta de que Atta está bastante fuerte pero no tiene absolutamente nada de técnica, no sabe ni hacerse los nudos. Esperamos que cuando la pendiente se vuelva más fuerte, él mismo decida no subir, sería un problema muy grande si tuviera cualquier accidente.

Vamos ganando altura y ya apenas distinguimos a nuestros amigos. Muy cansados, llegamos por fin a una roca bajo la cual dejamos el material que hemos transportado, estamos a 5.600 metros y la vista que desde aquí divisamos es soberbia; el glaciar Godwin Austen a nuestros pies, en la morrena central, en la curva donde se junta con el glaciar Saboya, distinguimos las tiendas del Campo Base. El glaciar sigue bajando en dirección a Concordia. Al fondo, siempre vigilando como un guardián, la trapezoidal cumbre del Chogolisa. Enfrente nuestro, todavía muy por encima de nosotros, las cumbres del Broad Peak.

Los días siguientes, unos u otros hemos ido porteando material hasta esa roca situada a 5.600 metros donde vamos a instalar una tienda que nos servirá para pasar alguna noche y mejorar nuestra aclimatación. El día 5 ya hemos ascendido hasta los 6.000 metros donde hay una pequeña aguja rocosa característica que terminamos llamando "Pirulí". Allí es donde comienzan las cuerdas fijas que han instalado los catalanes. Hasta aquí la pendiente no es demasiado fuerte, quizás unos 45°, pero siempre muy mantenida. La continuación de la vía es por pendientes algo más fuertes pero no adivinamos dificultades que no estén dentro de nuestras posibilidades.

Los Catalanes

Una expedición catalana del Centro Excursionista de Tarrasa mandada por Pep Aced intenta por segunda vez escalar el K-2 por la ruta Cessen. La expedición consta de siete miembros y cuando nosotros llegamos al Campo Base, dos de ellos ya han regresado a España por motivos laborales y tres están haciendo el último intento a la cumbre.

Tienen la montaña equipada con cuerdas fijas desde los 6.000 hasta los 7.000 metros. Un campamento que ellos llaman Campo I, a los 6.600 metros y otro Campo II a 7.100 metros aproximadamente.

El día 1 de Julio, cuando nosotros llegamos al Campo Base, la cordada de ataque alcanza el Campo II situado bajo un serac en la base del valle glaciar que hay bajo el Hombro.

El día 2 de Julio lo pasan descansando. Habían encontrado el campamento totalmente sepultado bajo la nieve y el trabajo de desenterrarlo les había dejado extenuados.

El día 3, mientras nosotros alcanzamos el lugar donde situaríamos nuestro Campo I a 5.600 m., los tres catalanes alcanzan el Hombro del K-2 después de 11 horas de esfuerzo abriéndose paso por nieve blanda. Instalan un último campamento a unos 8.000 metros.

El día 4 de Julio lo pasan descansando en el Hombro para intentar la cumbre en la noche del 4 al 5.

La noche del 4 al 5 hace un tiempo increíblemente bueno aunque bastante frío. Este día nosotros alcanzamos los 6.000 metros por primera vez. La cordada catalana llega al Cuello de Botella donde dejan una cuerda fija pero la gran cantidad de nieve profunda les impide alcanzar la cumbre y tienen que bajarse.

Cuando llegan al Campo II situado bajo el serac, no lo pueden encontrar y continúan bajando en dirección a su Campo I, a 6.600 mts. Encuentran este campamento medio sepultado y, ante la perspectiva de tener que estar paleando durante horas para desenterrarlo, deciden continuar descendiendo hasta el Campo Base.

Sus dos amigos que están en el Campo Base acuden hasta el pie de la vía para ayudarles. Mientras, nosotros estamos bastante preocupados pensando en las condiciones físicas en que deben de estar después de intentar la cumbre. Además, están bajando todo el material que pueden con lo que es fácil imaginarse el peso de sus mochilas. Estamos con nuestras radios en la misma frecuencia que ellos para ayudarles en caso de que lo necesiten. Todo va bien y desestiman nuestra oferta de bajarles las mochilas si las abandonan en las cuerdas fijas. Cuando se hace de noche, podemos ver sus luces que, poco a poco, van perdiendo altura. Ya están casi abajo cuando nosotros nos acostamos.

Estábamos medio dormidos cuando escucho al Flaco que habla con Pep:

- Maños, por favor, venid a ayudarnos. Ha habido un accidente, uno de nuestros compañeros se ha caído.

Me da un vuelco el corazón y llamo a Javier que ya estaba dormido.

-¡¡ Javier, Javier, despierta que los catalanes han tenido un accidente y nos llaman!!

A continuación, Ansón y Avellanas, que nos han oído gritar, se levantan y rápidamente estamos todos vestidos y calzados preparados para subir.

-Pep, Pep, ¿me oyes? Somos los maños. ¿Qué necesitáis que subamos?

Pep nos contesta muy abatido que recojamos una camilla de su Campo Base y botiquín. Que subamos rápidamente a ayudarles a buscar, que todavía no han encontrado al accidentado.

Vamos al límite de nuestras fuerzas, medio vomitando la cena por la morrena. Pepe, el Flaco y el Americano se han adelantado. Los Manolos, Javier y yo vamos algo más retrasados. Atta no se ha asomado ni ha dicho nada. ¿Cómo es posible que no se haya enterado de nada con el follón que hemos organizado?

Hemos perdido el camino y tenemos que dar un pequeño rodeo para llegar hasta la base de la montaña. Manolo Avellanas pregunta a gritos si sube el botiquín.
-Tranquilo, Manolo - le grita Pep- ya no hace falta.

Cuando nos juntamos con todos, el Flaco va deslizándose la cuerda que sujeta la camilla donde reposan los restos de Jordi Inglés mientras los demás la retienen para bajar lo que queda de pendiente. Jordi ha caído 1.000 metros por la ladera de nieve, desde donde terminan las cuerdas fijas hasta casi la base. No se ha golpeado con ninguna roca pero las rugosidades de la nieve o la misma velocidad que ha adquirido en la caída, le han roto el cuello y ha muerto. Era el último día en la montaña, la última pendiente que bajaba antes de llegar al Campo Base, una pendiente que había bajado antes en numerosas ocasiones, pero, un descuido, la fatiga, el excesivo peso,... ¡ Qué más da! Para qué dar vueltas a lo que ya no tiene remedio. Está muerto en la camilla y hay que bajarlo hasta el Campo Base.

Los compañeros de Jordi están desolados. Les animamos como podemos pero somos conscientes de que estamos diciendo palabras sin sentido. La montaña es muy cruel, te da satisfacciones, te da alegrías, pero en muchas ocasiones te lo quita todo de vez y solo te queda el consuelo de aceptar lo inevitable.

Rápidamente, no sé todavía cómo, bajamos el cuerpo de Jordi al Campo Base mientras sus compañeros regresan más lentamente. Esa misma noche lo enterramos en la nieve donde reposará hasta que llegue el helicóptero que lo repatriará hasta España.

Esa noche escribo en mi diario:

"Nos ha impresionado este accidente, lo primero que vamos a hacer es equipar con nuestras cuerdas parte de este corredor. Pero, lo que más hace pensar es que, en un momento, una vida se va sin remedio y también la situación en que se quedan todos los que rodean al desaparecido. Realmente creo que lo que he sentido ha sido miedo, miedo a perder la vida por un error o por un accidente y miedo a hacer sufrir a Isabel y a mis hijas. En estos momentos todos hacemos firmes propósitos de prudencia, aunque alguien puede pensar que querer escalar esta enorme y difícil montaña ya es una gran imprudencia

Zadek

Zadek, nuestro flamante ayudante de cocina, es un hombre enjuto, con grandes y saltones ojos y, sobre todo, un hombre muy tímido. Apenas habla inglés por lo que es

difícil entenderse con él y cuando, después de decirle cualquier cosa, te responde con una sonrisa, nunca sabes si te ha entendido o no.

Desde que hemos llegado al Campamento Base, Zadek no se encuentra bien. No come apenas, le cuesta dormir y se queja de dolor de cabeza. Pero no dice nada y solo por indicación de Abdul, Manolo le da alguna aspirina para ver si mejora su adaptación.

Zadek ha ido dando muestras de incapacidad para adaptarse a la altura, cada día está más taciturno y triste, se le nota que sufre trabajando, pero, quizás por miedo a perder el dinero que va a ganar, o quizás por no perder la oportunidad de poder ir a otras expediciones, no lo sabemos, hace caso omiso de los consejos que continuamente le damos. Al final, hacemos intervenir a Atta, nuestro Oficial de Enlace, queremos dejar claro que si no se va es bajo su responsabilidad porque es peligroso que permanezca con nosotros.

Por fin, la noche siguiente al accidente de Jordi Inglés, después de que manifestase su intención de bajar a Askole, nos despiertan unos gemidos que provienen de la tienda de Abdul. Allí están nuestro cocinero junto a porteadores de otras expediciones atendiendo al pobre Zadek que no puede soportar el intenso dolor que siente en el pecho. Manolo lo examina pero no puede diagnosticar nada con certeza, tan solo vuelve a insistir en la necesidad de que al día siguiente se baje rápidamente hacia Askole. Después de administrarle unos calmantes, nos volvemos a dormir. A pesar de que la tienda de Abdul está cercana a la de Atta y que hemos hecho un ruido considerable, nuestro Oficial de Enlace no ha dado señales de vida y ni siquiera se ha dignado a preguntar por Zadek. ¡Increíble!

Al amanecer Zadek ha empeorado y los dolores son más intensos. Estamos desayunando cuando decidimos vaciar la tienda comedor e improvisar una U.V.I. Tumbamos a Zadek en varias colchonetas y lo metemos en uno de nuestros sacos de pluma. Manolo le aplica oxígeno y un gotero con medicación. No puede asegurar nada pero todo parece que se trata de una peritonitis. Pep Aced que es médico, así como el doctor de los holandeses, enseguida vienen a ayudar a Manolo. Por teléfono se pide con insistencia un helicóptero para evacuarlo urgentemente a Skardú. Si no es operado rápidamente, lo más seguro es que muera. Hay un momento en que pensamos que no aguanta más y Manolo decide que hay que arriesgarse a sonarlo. Le ayudo a pasarle la sonda y después de algún intento, el tubo baja hacia el estómago. Un líquido negro llena una bolsa, Zadek parece aliviado y se tranquiliza.

Ya son las cinco de la tarde y el helicóptero no ha llegado, parece que está ocupado en la absurda guerra. Estamos indignados, una urgencia como ésta no tiene excusas. Hay que prepararlo todo para pasar la noche haciendo guardia. Manolo, Pep y el médico holandés se van a turnar no sin antes tener que despachar a los numerosos porteadores que ya habían acampado en torno al enfermo, supongo que no entienden que un ayudante de cocina, el más insignificante miembro de una expedición, reciba las atenciones que le dispensamos a Zadek. Atta sigue sin aparentar demasiada preocupación.

La noche pasa sin novedades, Zadek parece que se ha estabilizado y no sufre. Según me explica Manolo, la propia infección le ha obturado la peritonitis y por eso aguanta.

El día 8 de Julio hace un tiempo magnífico pero hoy nos hemos quedado todos en el Campamento Base, no nos parece bien irnos a la montaña estando Zadek como está.

La opinión de los médicos es que el enfermo está mejor aunque dudan de que sobreviva si no llega el helicóptero rápidamente. Ha recuperado algo la tensión y el pulso. Solo nos queda oxígeno para hoy y tenemos que ir pidiendo suero por los campamentos vecinos.

Por fin, a media mañana llegan dos helicópteros del ejército. Nos emocionamos de alegría mientras, entre todos, llevamos en volandas a Zadek con el oxígeno, el suero y la medicación hasta dentro del aparato.

Cuando despega el helicóptero, una sonrisa de Zadek, mientras nos dice adiós, es suficiente recompensa a nuestro esfuerzo.

En el otro helicóptero es evacuado el cuerpo de Jordi Inglés que es acompañado por Pep.

Una sensación de alivio y de tranquilidad invade nuestro campamento Base mientras todos volvemos nuestras miradas hacia el K-2 que, totalmente despejado, parece esperarnos con impaciencia.

El 9 de Julio reanudamos la escalada, el tiempo sigue despejado y bueno, tenemos que aprovechar porque lo normal es que vengan periodos de mal tiempo.

La actitud de Atta, nuestro Oficial de Enlace, en el rescate de Jordi y en la enfermedad de Zadek, no ha hecho sino aumentar nuestra antipatía hacia él. Lorenzo Ortiz no lo puede soportar y se niega a escalar con él, por otra parte, no nos atrevemos a impedirle que suba con nosotros, podría complicarnos la vida todo lo que quisiera y no estamos seguros de si tiene derecho a subir o no. El caso es que rehacemos los equipos y Pepe Garcés y yo iremos con Atta mientras Javier Escartín, Flaco, Ortiz y Ansón formarán el otro equipo.

Esto de los equipos, en todas nuestras expediciones, se han formado de manera natural, nunca hemos previsto que fulano irá con mengano, la verdad es que cualquiera de nosotros se encuentra bien con los demás. No obstante, después de decidir los cambios, cuando nos retiramos a las tiendas, Javier me regaña y me recuerda que le había prometido a Isabel, mi mujer, que iría con él, eso le hacía estar más segura de que nada me ocurriría.

El día 11, subimos con Pepe al depósito que nuestros compañeros han dejado a 5.600 metros de altitud protegido por una gran roca. Ha nevado ligeramente y se ha producido una avalancha que ha desfigurado todo el corredor. Han caído grandes rocas que han arrastrado toda la capa superficial de nieve que ahora se encuentra acumulada en la base de la vía. Damos gracias a Dios por no haber estado aquí cuando ha caído todo esto. Una cosa es segura, lo mejor es no estar por aquí cuando se produzcan grandes nevadas.

Por otra parte, el lugar elegido para instalar la tienda del depósito es bastante seguro porque la protección de la roca es más que suficiente.

Esa noche, después de picar una plataforma y montar una pequeña tienda, dormimos en lo que finalmente llamaremos Campo I. La pendiente donde nos encontramos no es muy fuerte pero sí lo suficiente como para que durmamos asegurados.

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, partimos dispuestos a instalar el Campo II. Juanito Oyarzabal, que junto a Mari Ábrego, Josema Casimiro y el coreano Hom, están intentando estos días escalar el Broad Peak, en una visita a nuestro Campo Base nos indicó dónde instalaron ellos su campamento el año pasado cuando consiguieron la primera ascensión al K-2 por esta ruta. Vamos muy cansados, recogiendo los depósitos que en los días anteriores hemos ido dejando a lo largo del camino. Suponemos que todavía no estamos bien aclimatados y la nieve que en algunos tramos está muy blanda, nos fatiga todavía más. Después de colocar alguna cuerda fija, llegamos a la altura del lugar indicado por Juanito, ellos habían subido netamente a la derecha de por donde lo hacemos nosotros y eso nos obliga a hacer una larga travesía a la derecha. Mientras tanto, el tiempo ha empeorado, se ha cubierto y parece que quiere empezar a nevar.

Comienzo la travesía mientras Pepe me asegura. La capa de nieve blanda es cada vez más fina y debajo aparece un hielo cristal muy duro que me hace progresar con una gran inseguridad. Poco a poco me voy alejando de Pepe y no encuentro un lugar donde asegurar mi progresión, tendría que haber cogido algún tornillo. Después de algún momento de angustia y de hacer venir a Pepe sin poder asegurarle convenientemente, llego a la roca bajo la que queremos montar la tienda. Hay viejos clavos de roca a los que me aseguro con demasiada confianza pero es lo mejor que tengo. Esto está lleno de hielo, vamos a tener que trabajar duro para conseguir picar una plataforma. Cuando llega Pepe el tiempo ha empeorado definitivamente, hace mucho frío y ventisca, ha comenzado a nevar. A pesar de eso, comenzamos a tallar una plataforma en el hielo. El mal tiempo, la imposibilidad de terminar la plataforma hoy y, sobre todo, lo poco claro que vemos que este lugar sea idóneo para un campo de altura, nos hacen desistir de trabajar más. Dejamos todo lo que llevamos encima, tienda, sacos, comida, gas,... y nos bajamos rápidamente hasta el Campo Base a descansar mientras el tiempo siga así.

A pesar del mal tiempo, nos hemos cruzado con nuestros compañeros que subían a dormir en el Campo I para, desde allí subir a terminar de montar el II.

El 12 de Julio el tiempo ha mejorado y, mientras nuestros compañeros están trabajando por dejar resuelta la instalación del Campo II que tantos problemas nos está dando, nuestros amigos vascos están llegando a la cumbre del Broad Peak. Desde el Campo Base podemos ver cómo, lentamente, alcanzan la cumbre. Con nosotros está Gumersindo, compañero de Juanito, Hom y de los navarros. Juntos nos emocionamos con la cumbre. Con ellos van otros coreanos que también alcanzan la cumbre, todo va bien pero en el descenso, un coreano ha caído hacia la cara Norte y ha muerto. Siempre la muerte rondando por estas montañas.

Definitivamente hemos desechado el lugar recomendado por Juanito para instalar el Campo II, este año hay mucho hielo y es demasiado precario. A pesar de estar

demasiado lejos del Campo Base, nos decidimos por el emplazamiento escogido por los catalanes a unos 6.600 metros (el Campo I está demasiado cerca del Base para sernos de utilidad una vez que estemos bien aclimatados).

El 15 de Julio, subo con Lorenzo Ortiz hasta el campo de nieve que está situado sobre la pared triangular por donde discurre la ruta Cessen que estamos escalando. Allí la pendiente se suaviza algo y esto nos permite picar una plataforma donde instalamos una tienda con más comodidad. El lugar es impresionante; a nuestros pies, 1.600 metros más abajo, el glaciar Godwin Austen en cuya morrena central tenemos el Campo Base. Enfrente están las cumbres del Broad Peak, una de las cuatro montañas de más de 8.000 metros que hay en el Karakorum y que nos acompaña como un telón de fondo durante toda la ascensión. Al final del glaciar Godwin Austen, donde se junta con el glaciar de Baltoro, está Concordia, encrucijada de glaciares, y sobre ellos destaca el blanco y trapezoidal Chogolisa, la montaña donde reposa para siempre Herman Bull. Un mar de montañas forma el horizonte y de entre ellas destaca el Masherbrum, la esbelta cumbre que tanto nos llamó la atención cuando pasamos bajo ella en la marcha de aproximación.

Mientras disfrutamos de esta vista, nos movemos continuamente asegurados. El 16 lo empleamos en descansar (¿) y en picar otra plataforma para montar una segunda tienda para el resto de los compañeros que al día siguiente llegarán hasta aquí portando más material.

Las cuerdas de los catalanes que estuvieron en esta ruta antes que nosotros nos facilitan bastante la progresión. No obstante tenemos que cambiar alguna cuerda en tramos donde las suyas se han estropeado y colocar otras nuevas donde han desaparecido. Gracias a esto, el 17 de Julio podemos continuar la ascensión con Lorenzo, el Americano, hacia donde queremos montar el Campo III.

Al final del campo de nieve donde está el Campo II, una preciosa y aérea arista nos lleva al valle glaciar que parece suspendido desde el Hombro de K-2. Al final de la arista, por un terreno mixto donde tenemos que caminar con sumo cuidado porque vamos desencordados y aquí ya no hay cuerdas fijas, entramos en el valle que no es más que un glaciar suspendido y cortado por algún serac. Este glaciar termina en una barrera de seracs situada a unos 7.000 metros y que es la que alimenta las continuas avalanchas que, con gran estruendo, caen a menudo al lado de nuestra ruta hasta la base de la montaña donde forman un gran cono de deyección que cruza todo el glaciar de Godwin Austen. Este es el camino que siguen algunos alpinistas que han caído desde las pendientes somitales y cuyos restos han sido hallados al pie de la montaña.

La pendiente en este valle es más fuerte de lo que imaginábamos. Por otra parte, nos hundimos hasta la rodilla y vamos con miedo a provocar una avalancha. No sería de extrañar que todo esto se pusiera en marcha y debajo de nosotros solo vemos el glaciar y el Campo Base.

Lorenzo abre toda la huella, va mucho más fuerte que yo. Me impresiona la soltura con que se mueve a esta altura. Parece una persona hecha especialmente para subir grandes montañas.

Conocí a Lorenzo Ortiz, al que todos llamamos el Americano, hace muchos años cuando comenzó a escalar en Alta Montaña. Tuve la suerte de acompañarlo en sus dos

primeras escaladas en el Pirineo, recuerdo que fue en el Pilar de Primavera en Ordesa y en el Midi D'Ossau, en la Flip Matinal, era muy joven e inexperto. Rápidamente progresó y alcanzó un nivel fuera de mi alcance y solo en alguna otra ocasión compartimos la cuerda. Lorenzo representa la vanguardia del alpinismo aragonés y seguramente, del español. Ha escalado las grandes paredes americanas de Yosemite y de Patagonia donde ha abierto vías de gran dificultad que le han merecido el reconocimiento de todos. Hace tres años escaló la Torre Sin Nombre en el grupo del Trango, aquí en el Baltoro, fue la primera repetición a la Kurtika-Loretan. El año pasado es estrenó en las altas montañas demostrando grandes aptitudes para el alpinismo en altitud, escaló junto a otros amigos el Nanga Parbat. Era obligado que estuviese aquí con nosotros y fui yo mismo quien le convenció para no ir a Baffin y venir al K-2.

Me encuentro muy a gusto escalando con mi tocayo, creo que nos llevamos muy bien. Estos días en que hemos estado por aquí arriba juntos compartiendo fatigas nos hemos divertido en la monotonía que supone remontar una vez más estas pendientes, compartir estas montañas y estas sensaciones con un amigo siempre me parece que es la esencia del montañismo.

El tiempo es magnífico pero no vamos a poder terminar de tallar la plataforma para la tienda, estamos realmente fatigados y yo mucho más que Lorenzo, así que, después de asegurar a la roca toda la carga que hemos subido hasta aquí, emprendemos el descenso hasta el Campo Base para descansar.

Cuando pasamos por el Campo II, están allí el Flaco, Ansón y Javier. Nos ven cansados y como es tarde. insisten en que nos quedemos allí a dormir, pero queremos descansar en el Base y aprovechar para comer dignamente porque hace cuatro días que no lo hacemos. Tampoco nos apetece dormir apiñados en las tiendas, no tenemos sacos para todos,... en fin, que nos bajamos a casa.

Cuando llegamos al Base, están allí los componentes del trekking que había organizado Pepe y que han pasado algún día en nuestro campamento. Leemos con ilusión las cartas que nos han traído, son las primeras noticias que recibimos de nuestras familias. Aunque estamos en contacto telefónico constante, no es lo mismo, hay cosas que no se dicen más que por carta.

El correo es una de las cosas que peor nos están funcionando. Cuando hablamos de esto, Javier siempre define la situación de la misma manera: "es un desastre". Al final empleamos esta frase para la comida, para el emplazamiento de los campamentos,... para casi todo, claro que es puro sarcasmo. Cuando los holandeses se vayan tendremos que contratar un maill-runner para poder informar con prontitud de nuestro estado porque, aunque los neozelandeses llevan teléfono vía satélite, desde hace unos días no funciona y no hay manera de poder reparar la avería. Lástima porque nos hacían mucho mejor precio que los holandeses y además tienen intención de irse después de nosotros.

Hoy, día 17 de Julio, los holandeses han llegado a la cumbre. A las 6'30 de la tarde, Ronald Naar, Hans van der Meulen y dos porteadores hunzas; Mehrban Shah y Rajab Shah han alcanzado el punto más alto. A ellos se ha unido un escalador británico, Alan Hinkes, que venía con la expedición norteamericana mandada por Rob Slater. Todos, excepto el británico, han utilizado oxígeno en el último tramo. Las mayores dificultades que han encontrado han sido debidas a la gran cantidad de nieve fresca que había en el

Cuello de Botella, hablan de que los porteadores tenían que abrir huella nadando literalmente en la nieve que les llegaba hasta el pecho. Hasta las doce de la noche no han llegado a las tiendas del último campamento.

Campamento Base

20 de Julio. Ayer el tiempo se puso malo y estuvo lloviendo en el Campo Base. Hoy estamos todos aquí, los últimos en bajar han sido Pepe y Atta que han descendido hoy desde el Campo II en medio de una intensa nevada. A Javier no le gusta nada el emplazamiento del Campo II, está seguro de que se lo llevará alguna avalancha y termina añadiendo, con ese aire lapidario que tanto le gusta usar, que "es un desastre". La verdad es que todos pensamos lo mismo y a ninguno nos gusta, pero es lo mejor que hemos encontrado. El próximo día que subamos miraremos otro lugar que desde aquí abajo parece que podría ser mejor.

Llevamos en el Campo Base el tiempo suficiente como para que este inhóspito lugar donde lo único que hay es piedras, hielo y demasiada basura, nos parezca lo suficientemente confortable como para que, cada vez que bajamos de las alturas, tengamos la sensación de llegar a casa.

"La vida en el Campo Base consiste en dormir hasta que te entra hambre y comer hasta que te entra sueño", con esta frase que nos decía Alison se define perfectamente la inactividad en el Base. El primero en madrugar es Abdul que, bien temprano, comienza a preparar el te y a calentar agua, siempre tiene una gran cacerola con agua hirviendo. Poco a poco nos vamos levantando, el primero en hacerlo puede ser Javier, Avellanas o yo mismo, pero nunca es Ansón y, desde luego los últimos siempre son o el Flaco o el Americano. Incluso cuando hace Sol y se pone en la tienda un calor insostenible, no sabemos como aguantan dentro pero no se levantan hasta bien avanzada la mañana.

La primera comida es el desayuno, cada uno tiene sus preferencias, algunos nos apuntamos a la panceta frita, incluso algunos días jamón y longaniza también pasada por la sartén,...después leche con maíz inflado, café,...claro que Javier Escartín se ha aficionado al chocolate cocido y al Flaco no se le puede quitar su leche con Cola Cao.

Manolo Avellanas es el encargado de sintonizar Radio Exterior de España. Solo la podemos oír en unas horas determinadas pero era el único lazo de unión que tendremos con España cuando se vayan los holandeses. Todas las noches, cuando nos vamos a dormir, Manolo se queda con la oreja pegada al pequeño transistor en busca de las noticias que, nada más levantarnos al día siguiente, le pedimos con impaciencia. Estos días, el Tour de Francia concita nuestro interés y nuestra mayor preocupación es saber cómo va Indurain y si la ventaja que lleva a sus perseguidores será suficiente para ganar la carrera. *"Te juego una cerveza en el Arkanos a que les saca más de cinco minutos.* Lorenzo aprovecha la menor excusa para apostar una cerveza en su pub preferido. ¿Cuántas cervezas nos hemos llegado a jugar? Solo espero que no nos las tengamos que beber todas el mismo día porque yo no estoy seguro de poder soportarlo.

Nuestra tienda ducha ha sido la excusa para entablar amistad con Alison y sus compañeros. Hemos visto cómo Alison se metía en su pequeña tienda para hacerse el aseo personal y les hemos ofrecido nuestra ducha que han aceptado en seguida. Solo les hemos puesto una condición, tienen que traerse el agua caliente que necesiten porque nosotros vamos muy justos de queroseno.

Alison viene con frecuencia a ducharse y después se queda a tomar algún café o cualquier cosa. Anson es, con diferencia, el que mejor habla inglés y el que mejor puede mantener una conversación con Alison, aunque los demás lo intentamos sin complejos. Alison es una mujer simpática, yo creo que no se ajusta al estereotipo de mujer alpinista pero su historial es impresionante; las más famosas caras nortes de los Alpes en invierno y en solitario y, hace apenas tres meses, el Everest sin oxígeno y sin apoyo de sherpas ni otros compañeros. A lo largo de los días, vamos haciendo más amistad y Alison viene a comer o a cenar a menudo, en alguna ocasión también acuden algunos de sus compañeros. Cada vez que Alison come con nosotros, notamos que Atta lo hace en la cocina, no entra en la tienda comedor mientras ella está dentro. Cuando convencemos a Atta de que es un desaire hacia nuestra invitada, accede a entrar pero permanece toda la comida con la cara vuelta hacia el lado contrario.

La escrupulosidad con que Atta cumple con las normas de su religión nos llama poderosamente la atención, es un hombre que, cuando llega la hora de sus oraciones, interrumpe cualquier cosa que esté haciendo y se retira para realizar sus rezos cara a la Meca. Nos comenta la gran excepción que está haciendo con nosotros porque nunca entraría en una tienda donde hubiera habido carne de cerdo y, mucho menos, comería cualquier alimento hecho en un cacharro que hubiera servido para cocinar cerdo. Por supuesto le hemos tenido que explicar que la carne de cerdo es básica en nuestra alimentación y que no nos gusta otra clase de carne, porque si no, seguro que tenemos problemas ya que está expresa y estrictamente prohibido entrarla en Pakistán. Abdul es la antítesis de Atta, cuando sacamos las bebidas, Atta sale rápidamente de la tienda y, al poco rato, entra Abdul con sus ojos de pícaro.

"No problem, is't mi job" dice Abdul cuando le preguntamos si tiene escrúpulos para freírnos Jamón.

Alison nos comenta que tiene dos niños de corta edad a los que tiene muchas ganas de ver. Cuando regrese a Escocia tiene planeado ir con ellos a la playa. Tantas ganas tiene que va a renunciar a su próximo proyecto de ir al Kachenjunga. También nos cuenta que desde su despacho puede ver el Ven Nevis y que muy a menudo el tiempo es malo pero, aún con todo, también hacen montaña. El mayor problema que tienen es la niebla, todos los inviernos hay algún accidente porque, debido a la falta de visibilidad, la gente cae por los cortados del Ben Nevis.

Hemos traído un horno para fabricarnos pan. Los primeros panes son "un desastre", solo con muy buena voluntad nos los podemos comer. Alison se ofrece para hacernos pan y cuando, después de estar toda la mañana trabajando en la cocina, comemos el pan de ella, ya es otra cosa, sin ser una maravilla se parece bastante a lo que conocemos por pan.

Después de las comidas, es una buena costumbre echar unos cotos al guiñote, solo nos jugamos el honor pero lo hacemos apasionadamente y es uno de los momentos más

esperados del día. Las parejas las elegimos al azar pero la pareja Ortiz-Avellanas goza de los favores de la fortuna. Muchas noches es bien tarde cuando nos vamos a dormir porque se ha alargado la partida.

Cuando llega algún trekking hasta el Campo Base, salta la voz de alarma, hay que escribir rápidamente las cartas retrasadas para dárselas al primero que tenga un poco de aspecto de serio. Hemos puesto un buzón en la tienda comedor para ir depositando allí las cartas escritas de forma que cualquiera que esté en el Base se las pueda dar al improvisado cartero.

Por las tardes, aunque el tiempo no sea muy bueno, Manolo Avellanas echa una voz para invitar a dar un paseo a quien lo desee. Morrena abajo, haciendo las paradas de rigor en el Campamento Americano y en el Neozelandés, bajamos dando una vuelta para desentumecer las piernas después de los días de obligado descanso. Cuando en tiempo es bueno, al atardecer el Chogolisa, el Broad Peak y el mismo K-2, comienzan a tornarse rojizos en un verdadero espectáculo de luz y color. Y, a veces, también de sonido porque después de las nevadas, las avalanchas caen por todos los lugares con un estruendo atronador.

El Campo Base parece estar en un lugar seguro, aunque mientras lo instalábamos teníamos nuestras dudas. No obstante, algún estruendo más fuerte de lo normal nos hace salir precipitadamente de la tienda para ver por donde está la nube y si realmente estamos a salvo.

En nuestros paseos hemos descubierto que estamos rodeados de basuras. Grandes depósitos de basura evidencian que algunos coreanos, franceses y no sabemos muy bien quién más, se han olvidado de llevársela. Quemamos lo que podemos, que es muy poco, y procuramos no dejar la nuestra. Con paciencia vamos aplastando todas nuestras latas que un grupo de porteadores se encargan de bajar a Askole donde serán enterradas. Le pregunto a Atta si está seguro de que estos porteadores no tirarán la carga en cuanto los perdamos de vista, me resisto a pensar que los coreanos, los franceses y todos los que han "olvidado" su basura sean tan irrespetuosos con el K-2. Me asegura que sí (?), pero yo no me quedo muy tranquilo.

22 de Julio. Por radio Pakistán dan las noticias de grandes inundaciones en todo el país con muchos muertos y destrozos. El mal tiempo también llega hasta el Campo Base. Atta nos dice que es inusual que llueva aquí, que hacía no sé cuantos años que no se veía. Bueno, el caso es que llevamos dos días con mal tiempo y otros dos con el cielo cubierto aunque parece que quiere mejorar. De nuevo nos preparamos para subir.

Pepe y el Flaco suben por la tarde a dormir al Campo I y los demás iremos mañana hasta el Campo II. Se trata de que ellos abran huella hasta el C-II y nosotros lleguemos descansados para poder continuar hacia el C-III.

Hoy hemos hablado por última vez con casa, los holandeses se van ya y a partir de ahora solo podremos confiar en que funcione el maill-runner que vamos a contratar con los neozelandeses y que tiene que gestionarnos el Oficial de Enlace holandés. Cuando termino mi llamada me siento mal, no he sido capaz de decirles a mis chicas que les

quiero mucho y que me voy a cuidar para volver con ellas lo antes posible. Tengo ganas de verlas. Siempre me ha parecido que el teléfono es un artilugio muy frío.

El 23, como está previsto, subimos todos, excepto Anson, al Campo II. Pepe y el Flaco abriendo huella desde el C-I donde han pasado la noche, Lorenzo, el Americano, que está fortísimo, les alcanza en la parte superior de la ruta y termina de abrir la huella. Javier Escartín y yo vamos subiendo mucho más despacio. La ascensión se me hace muy dura y Javier me acompaña. Paramos a comer y beber y después subo mucho mejor aunque prefiero ir despacio porque todavía queda mucha montaña.

Cuando llegamos a los tramos rocosos, una capa de nieve polvo cubre la roca dificultando la escalada. La cuerda está recubierta por el hielo y vamos muy cargados así que tenemos que detenernos a descansar una vez superado este paso. Por encima, la fina capa de nieve que cubre la roca hace que nuestros crampones resbalen continuamente y jadeamos cuando llegamos a la nieve profunda.

Antes de llegar al Campo II, nos hemos desviado a la derecha para inspeccionar lo que parecía un buen enclave para el campamento. Lorenzo, el Americano, ha hecho un largo escalando en un hielo durísimo cubierto por una capa de nieve polvo, muy delicado. Cuando ha llegado al enclave, se ha dado la vuelta rápidamente. A pesar del peligro de avalanchas, es mucho mejor el lugar actual del campamento, aquí no hay sitio para montar las tiendas y el lugar es precario y completamente colgado en un abismo de 1.500 metros.

Al abandonar este campo, ya habíamos previsto la necesidad de tener que emplear la pala y la dejamos atada a la cuerda fija. Después de la paliza de subir hasta aquí, una nueva paliza para desenterrar las tiendas moviendo varios metros cúbicos de nieve. Esta vez ha habido suerte y las tiendas han aguantado bien, tan solo tenemos que cambiar algunas varillas que se han roto con el peso de la nieve.

Cuando hemos terminado de limpiar la tienda de nieve y nos acomodamos en su interior, comienza la dura tarea de fundir nieve. En una bolsa recogemos nieve, siempre del mismo lugar, cercano a la puerta y lejos de donde orinamos o hacemos otras necesidades. Es muy importante acordar esto entre todos los usuarios del campamento. Necesitamos beber mucho para conseguir una buena aclimatación y evitar los riesgos del mal de altura. Para intentar beber los cinco litros diarios que recomiendan los especialistas, basamos todas nuestras comidas en los líquidos; sopas, Meritenes, infusiones,... y también queso, paté, jamón, turrón, etc... En la altura se tienen muy pocas ganas de comer y hay que llevar alimentos apetitosos para que el esfuerzo de alimentarse sea menor. Hace mucho tiempo que desechamos los alimentos liofilizados porque a ninguno nos gustaban demasiado a pesar de que hay que reconocer que resultaban muy cómodos de preparar.

Por la noche el tiempo ha empeorado, hace bastante ventisca y parece que está nevando, aunque no lo sabemos, lo único que notamos es que el viento va acumulando la nieve alrededor de la tienda aprisionándola y reduciendo mucho su capacidad. Desde dentro vamos empujando con el cuerpo para hacernos hueco. Cae alguna pequeña avalancha o colada de nieve sin importancia pero cuando nos levantamos, las tiendas están otra vez medio sepultadas.

Después de desenterrar nuestras cosas, abandonamos el campamento. Las cuerdas fijas nos facilitan el descenso en medio del mal tiempo y llegamos al Campo Base totalmente mojados. Atta y Ansón que estaban durmiendo en el C-I también descienden con nosotros.

Comienza una temporada de mal tiempo y durante seis días nieva sin parar. Una capa de nieve cada vez más espesa nos cubre y nos tenemos que dedicar a dormir, leer, escribir, comer,... y sobre todo limpiar continuamente las tiendas porque el peso de la nieve amenaza con aplastarlas. Nieva copiosamente pero, al mismo tiempo, pausadamente, como sin prisas, parece que no va a terminar nunca.

-¿Te juego una cerveza en el Arkanos a que mañana despeja y sale buen tiempo?

Hemos abierto una botella de champán de las que hemos traído para celebrar la ascensión, y hemos brindado por el K-2. No sé por qué lo hemos hecho, ha sido algo espontáneo, sin preparar, como para decirle a la montaña que no le guardamos rencor. En estos momentos vemos muy difícil que podamos subir, los días van pasando y todavía no tenemos instalado el Campo III. De todas las formas, yo sí que le guardo rencor, no me parece justo que la montaña se defienda con estas armas. ¿Qué nos quiere demostrar, que es más fuerte que nosotros? Eso ya lo sabemos, tenemos perfectamente asumido que no somos nada a su lado y que solo si ella nos lo permite la podremos subir, pero no es justo que no nos deje intentarlo y podamos volver con dignidad.

Pronto tenemos más de medio metro de nieve en el Campo Base. No queremos ni pensar cómo estarán los campos de altura. Las avalanchas son continuas y ya hasta nos acostumbramos a los constantes truenos que producen.

Hoy es 30 de Julio, el tiempo parece que quiere mejorar. Ayer, al anochecer, aparecieron todas las estrellas y nos fuimos a dormir bastante optimistas.

La montaña está muy cargada de nieve y tenemos que esperar por lo menos dos días para que se limpie y caigan todas las avalanchas. Al mismo tiempo veremos si esta mejoría se consolida. Desde el Campo Base miramos hacia el Campo II en busca de nuestras tiendas. No vemos ni rastro, deben de estar enterradas o han sido arrastradas por alguna avalancha.

Hacemos planes para los días siguientes. No puedo evitar recordar las expediciones al Everest que, allí hicimos montones de planes y creo que no nos salió ninguno, al final siempre había improvisar, pero, bueno, algo hay que tener preparado; Ansón y Atta saldrán los primeros para ir abriendo huella. Un par de horas más tarde saldremos Javier y yo. La intención es que vayamos directamente al Campo II porque del Campo I tampoco vemos ni rastro y además, nuestra aclimatación ya nos permite prescindir de él. Javier y yo tenemos que instalar el Campo III y nos bajaremos a descansar al Base mientras el Flaco, Pepe y el Americano intentan subir al Hombro.

Nos ha costado 15 horas subir al Campo II. Aunque habíamos salido dos horas más tarde que Ansón y Atta, los hemos alcanzado en el "Pirulí", a 6.000 metros y a partir de allí hemos abierto huella nosotros. El pobre Ansón ha tenido que abrir huella él solo porque Atta no entiende qué es eso de ir de primero sufriendo hundiéndose hasta la rodilla y arrancando la cuerda enterrada bajo treinta centímetros de nieve. Como siempre, cuando le das el relevo y te paras a comer, da dos pasos y él también se para a comer. Al final, como no avanzas porque se detiene continuamente, siempre acabas diciendo algún juramento mientras vuelves a abrir huella con manifiesto enfado, pero él no se da por aludido. Definitivamente Atta no es un compañero ideal y se ha ganado todas nuestras antipatías.

Desenterrar la cuerda nos ha dejado los brazos destrozados pero las tiendas están completamente sepultadas y hay que trabajar algunas horas más si queremos dormir a cubierto.

Hoy no hemos tenido tanta suerte como la última vez, una de las tiendas tiene varias varillas rotas y la otra está totalmente aplastada e inservible, es más, ni siquiera podemos recuperar los sacos de dormir y las esterillas, tendremos que dormir los cuatro en una tienda y uno de nosotros lo tendrá que hacer sin saco.

Me he puesto el traje de altura del Americano para dormir. Javier me deja meter los pies dentro de su saco y así, con un poco de frío y bastante incomodidad, vamos a pasar la noche. Atta no ha podido hacer sus rezos pero le oigo murmurar alguna oración mientras intento conciliar el sueño.

Cuando nos despertamos, estamos tan incómodos que salimos hacia arriba sin apenas comer ni beber. Javier y yo vamos a intentar instalar definitivamente el Campo III mientras Ansón y Atta esperan a los demás que subirán hoy hasta el C-II.

Desenterramos y remontamos las cuerdas hasta la pequeña arista colgada a cerca de 7.000 metros. La nieve es bastante profunda pero estable y nos sentimos a gusto mientras ganamos altura. Contemplamos la magnífica mole del Broad Peak que cada vez está más a nuestra altura. Por encima del Collado del Viento, al Norte, vemos las montañas chinas, grandes montañas cuya desgracia es estar al lado de este gigante que estamos escalando, solo por eso nunca saldrán del anonimato. Desde la arista vemos también las rocas de la "Pirámide Negra" por donde discurre la ruta de los Abruzzos.

Al final de la arista, en la entrada del "valle glaciario" donde vamos a instalar el campamento, escalamos un tramo mixto, no tiene dificultad pero es delicado, los crampones resbalan en la roca y la progresión es precaria. Hemos traído unas cuerdas para colocarlas en este lugar, nos imaginamos bajando de la cumbre, cansados y con los reflejos mermados,...es mejor prevenir.

Estamos a unos 7.100 metros, un poco a la izquierda del lugar donde habíamos dejado el depósito de material la vez anterior, Javier ha descubierto un lugar más seguro para picar una plataforma, incluso se aprecian restos de otra expedición, picando hemos encontrado una pala americana (¿será de Carlos Bhuler que estuvo aquí el año pasado?). Casi es de noche cuando terminamos de construir la plataforma que hemos podido reforzar con piedras. Montamos la tienda y desde dentro de los sacos comenzamos a fundir nieve, hay que reponer líquidos para poder reponernos del esfuerzo.

Con la satisfacción del trabajo bien hecho, descendemos al día siguiente al Campo Base, queremos descansar antes de intentar la cumbre. La bajada ha sido muy dura porque el Sol nos asfixiaba con su calor agotándonos. La ruta Cessen está situada en plena cara Sur y si el viento no sopla, se concentra tanto calor que, a pesar de estar a más de 6.500 metros de altura, es insoportable. Esto contrasta con las bajas temperaturas que puede haber, incluso en el Campamento Base, cuando el Sol se pone o, incluso cuando está nublado, el salto térmico puede ser de más de 40°C.

En una de las paradas que hemos hecho para desabrigarnos, se me ha caído la máquina de fotos de Javier, no he podido sujetarla y cuando me he dado cuenta la he visto rodar hacia abajo. Tan solo ha dado dos o tres botes y se ha perdido en el abismo en un salto de 1.400 metros. Pobre Javier, tiene el gafe con las máquinas fotográficas en las expediciones, en fin, me acuerdo de la frase que suele decir Luis, un amigo mío: *"Los problemas que se pueden resolver con dinero no son problemas"*, a lo que yo siempre añado: *"Sobre todo si tienes dinero"*. Por supuesto no volvemos a ver ni rastro de la máquina fotográfica.

Como siempre, el tramo más delicado del descenso es el último, la cuesta de 30 ó 40° de inclinación que hay bajo el Campo I. Cuando llegamos allí estamos cansados y los "zuecos" que se nos hacen en los crampones con la nieve húmeda nos obligan a ir con los cinco sentidos alerta. Más abajo, cuando la pendiente disminuye y desaparecen las rocas, una depurada técnica de "culenbajen" facilita el descenso. Siempre que bajo por aquí tengo algún recuerdo para Jordi Inglés al que, a pesar de que lo conocí sin vida, considero un amigo.

Excepto el Americano que se ha quedado en el Campo II, todos los demás han subido al Campo III como estaba previsto, ¿será posible que salga algún plan?

5 de agosto. Los planes no salen nunca, no podía fallar. El día 3, el Americano subió hasta el Campo III y con Pepe y el Flaco continuaron ascendiendo en dirección al Hombro hasta alcanzar una altura de unos 7.300 ó 7.400 metros, hasta ahora la mayor altura conseguida durante la expedición. Ese mismo día se bajaron a dormir al Campo II mientras Ansón y Atta se bajaban al Base. El día 4, como el día amaneció nublado y con mal aspecto, se quedaron a descansar en este campamento aconsejados por Abdul que, guiado por su experiencia, nos aseguró que hoy haría un tiempo estupendo con lo cual, ellos podrían reanudar la escalada para intentar la cumbre y nosotros, ya descansados, seguiríamos sus pasos para apoyarles e intentar la cumbre detrás de ellos. A fin de cuentas, sólo son planes.

A las 12 de la noche teníamos la radio abierta y he escuchado desde el saco cómo Pepe llamaba desde el walkie-talkie al Flaco. Rápidamente he puesto en marcha mi radio para escuchar mejor.

-¡¡Flaco, Flaco, contéstame!! ¿Qué ha pasado?

-¡¡Flaco, contesta!!

Pasan unos instantes que parecen larguísimos y al final el Flaco le responde:

-¡Nos ha caído una avalancha, tenemos la tienda aplastada!

-¿Estáis bien...? ¡Flaco, responde! ¿Estáis bien?

Pasa otro largo instante sin responder.

-¡Flaco, responde, por favor!

Al final Flaco responde un poco contrariado:

-Pepe, hazte cargo, que estamos buscando las botas. Nos ha caído una avalancha y ha aplastado la tienda, hemos tenido que rajarla con una clavija para poder salir, no encontramos las linternas ni nada.

Yo me asusto mucho y pregunto por la situación. En el Campo Base está nevando y en el Campo II el tiempo es infernal, nieva y hay ventisca. Javier se ha despertado y está atento a mi conversación con Pepe. Tras un rato de angustia, han podido recoger el material básico y se disponen a bajar en medio de la tormenta. Sigo con la radio abierta esperando las noticias que regularmente me envían. Todo va bien en el descenso y al cabo de tres horas y media llegan al Campo Base todavía con el susto en la cara. Abdul es una excelente persona y un gran amigo, pero como cocinero para occidentales es un “desastre” y como meteorólogo ha perdido toda credibilidad, sigue nevando y el tiempo es otro “desastre”.

Esperamos a nuestros porteadores el día 15 de agosto, para esa fecha daremos por terminada la expedición. Todos tenemos ganas de volver a casa y hace mucho que contamos los días que nos quedan para volver a casa. Javier me comenta los proyectos que ha dejado pendientes para venir al K-2. “*Bien se vale que los clientes tienen paciencia*” me dice en alguna ocasión. También nuestras familias nos necesitan, cuando lleguemos ya se habrá pasado prácticamente el verano...

Y, mientras tanto, la montaña no se deja ni ver. Van pasando los días y cada vez son menos las posibilidades de intentar la cumbre, ahora solo queremos que, por lo menos, el tiempo nos permita recuperar el material que tenemos esparcido por la montaña, los sacos, las tiendas, etc. y, sobre todo, la cámara de vídeo que está en el último campamento.

La expedición norteamericana regresa a su país, no disponen de más días y, además, para estar perdiendo el tiempo aquí abajo, les vale más la pena estar en casa. No obstante, Alison se está pensando si se queda o no, en un lado de la balanza está el ir a la playa con sus hijos y en el otro, la última oportunidad de subir al K-2. Ella es una profesional, vive de esto, y además, puede decirse que toda su familia vive de su trabajo ya que es la que aporta los ingresos con sus proyecciones, publicaciones, etc. al final decide regresar con nosotros el 15 y esperar a ver si la montaña nos da una nueva oportunidad.

Rob Slater, el jefe de la expedición norteamericana, decide quedarse también por evitar problemas a Alison, por lo menos eso nos comenta. Suponemos que también quiere aprovechar la última oportunidad si es que se presenta.

Los neocelandeses, cuyo jefe es Peter Hillary, tienen decidido estar aquí hasta que suban la montaña, ellos no tienen prisa y sí mucho tiempo.

Hace muchos días que se marcharon los holandeses y con ellos el encargo de contratar un mail-runner que nos trajera el correo. No hemos recibido ninguna carta más desde que pasó por aquí el trekking de Maribel y sus amigos y hace más de quince días que no nos podemos poner en contacto con nuestras familias. Sólo esperamos que nuestras cartas y noticias les hayan ido llegando a través de los correos que esporádicamente han ido pasando por el Campo Base. Cada día que pasa esperamos que el mail-runner aparezca cargado de cartas y cuando anochece y no ha llegado, no podemos evitar desilusionarnos un poco.

Pepe contrató unos porteadores, incluso les adelantó dinero, para que nos trajesen verduras y comida que nos hacía falta, incluso también nos tenían que aprovisionar de queroseno del que vamos bastante escasos. Aunque ha pasado ya casi un mes desde que se comprometieron a venir, parece que se los ha tragado la tierra porque no hay ni rastro de ellos. En tono irónico, Javier vuelve a sentenciar: *“Esto es un desastre”*.

Pasan los días lentamente y estamos todo el mundo metidos en las tiendas. Desde hace muchas expediciones nos dimos cuenta de la necesidad de disfrutar de la intimidad y por eso llevamos tiendas individuales. La tienda comedor sirve de punto de reunión, allí nos juntamos en las comidas que siempre acaban en largas sobremesas donde alternamos las partidas de guiñote y la tertulias. En esta tienda comedor es donde van surgiendo nuevos planes de escaladas y proyectos, muchos de ellos nunca los llegaremos a realizar, lo sabemos, pero tenemos necesidad de soñar, de tener siempre una ilusión por realizar: *“Este otoño te iremos a ver a Góriz y escalaremos la nordeste del Cilindro...”* *“tendrías que venirte un año a Patagonia, te va a encantar, además, si tenemos suerte, a lo mejor podemos intentar el Cerro Torre...”* *“Veniros con tus hijas a la travesía que hacemos todos los años, los críos, cuando van juntos, se lo pasan estupendamente”*. De esta manera han surgido las expediciones que hemos realizado, sin ir más lejos, recuerdo que fue en el Campo Base del Everest cuando pensamos en la posibilidad de venir al K-2. Y es que, cuando realizas un sueño, éste muere al instante y entonces sientes un vacío que necesitas llenar rápidamente con otro sueño.

-¿Has leído El Médico? Te lo cambio por Los Puentes de Madison”. Es Javier Escartín, mi vecino de tienda, mi amigo. Conozco a Javier desde que empecé a hacer montaña y aunque, mientras él estudiaba en San Sebastián y yo en Pamplona nuestra relación fue esporádica, enseguida nos convertimos en compañeros de cuerda inseparables. Juntos fuimos escalando las paredes más difíciles del Pirineo, rompiendo tabúes y cultivando una amistad ya madurada por el tiempo. Juntos hemos ido a todas las expediciones y no me puedo imaginar en una montaña grande sin saber que él está por allí cerca. Javier es una persona especialmente dotada para la Alta Montaña, aunque es el tipo de persona dotada para hacer cualquier tipo de deporte, excelente esquiador, la bicicleta no se le da mal, buen nadador, de joven fue un buen gimnasta..., tiene lo que yo llamo *“inteligencia alpinística”*, es decir, una intuición especial para la montaña. Su personalidad le hace ser un líder nato y ésta es la primera vez que no ejerce como jefe

de expedición. Últimamente, Javier ha dejado de hacer montaña con intensidad; por una parte sus obligaciones profesionales le ocupan gran parte de su tiempo y, por otra, el resto de su tiempo libre lo dedica a su familia. Siempre he envidiado lo buen amigo que sabe ser de sus hijos. Si llegamos al K-2, me puedo imaginar qué es lo primero que hará; sacar una foto de su familia que lleva siempre en la mochila y hacerse con ellos la foto de la cumbre. En fin, Javier es esa clase de personas que van dejando huella por donde pasan.

Hoy es 9 de agosto, hoy comienzan las fiestas de Huesca. El primero en levantarse es Manolo Avellanas, pone el casete a todo volumen. Suena el himno de San Lorenzo y siento cómo se me pone la piel de gallina. En nuestra ciudad habrá una explosión de alegría y la gente saldrá a bailar con sus trajes blancos y pañoletas verdes, muchos se acordarán de nosotros. Me imagino a los danzantes bailando por la Correría, todos los años nos juntamos los amigos para verlos. Es la esencia de la fiesta. Ese baile primitivo, quizá tosco, pero muy nuestro, siempre me ha puesto los ojos brillantes. Celebramos San Lorenzo en este lejano lugar y nos sentimos muy próximos a los nuestros.

El tiempo también quiere participar en nuestra fiesta y a lo largo de la mañana se ha puesto a soplar viento de China, del norte, y las nubes son barridas apareciendo poco a poco el cielo azul. Las montañas no se ven muy nevadas, parece que ha hecho peor tiempo por abajo que en las alturas. Nos animamos aunque con un poco de desconfianza.

Mañana es el santo y el cumpleaños del Americano y también el mío, Lorenzo me sorprende con un regalo, al principio pienso que es una broma, pero al desenvolver el paquete veo que es el gorro de forro polar que él llevaba. Un día le dije que me gustaba y no se le ha olvidado. Más que el regalo, lo que me ha emocionado es el detalle ..., la amistad, ¿qué sería la montaña sin amigos? Tal vez no subamos a la cumbre, quizá sea lo menos importante, pero los lazos de amistad se han fortalecido y estos días que hemos pasado juntos disfrutando de una hermosa montaña nunca los podremos olvidar. Por la mañana hemos ido al Memorial, un monolito de piedras que está situado al otro lado del glaciar, al pie de una arista que sube hacia el Ángelus. Allí numerosas placas recuerdan a todos los alpinistas que han dejado la vida en el K-2. Es impresionante tan alto precio por una montaña. Vemos la placa de Renato Casarotto, habíamos coincidido con él en el Himalaya y aquí en el Karakorum ..., Jordi Inglés, el catalán cuyo cuerpo ayudamos a bajar no hace muchos días. También hay otra placa en recuerdo de los tres ucranianos que murieron el año pasado bajando de la cumbre, sus amigos han organizado una expedición al Broad Peak en memoria de ellos y hace tres días que estuvieron visitándonos en el Campo Base. Recuerdo sus palabras en un inglés suficientemente malo como para que yo lo pudiese entender: *“eran los mejores, los más fuertes”*, yo les respondí sin pensar: *“es normal, siempre mueren los mejores...”*

De regreso al Campo Base, un poco impresionados por los recuerdos, visitamos a los norteamericanos que habían intentado la arista Oeste del K-2. Ellos dan por terminada la expedición y regresan a casa. Como ya estamos seguros de que los porteadores que tenían que traernos el queroseno se han olvidado de nosotros, les compramos combustible, azúcar y alguna cosa más. También les damos las últimas cartas. ¡Sorpresa! ¡Por fin llega el mail-runner! Parecía que no iba a llegar nunca y ya lo tenemos en el Campo Base aunque la dicha no es completa, no trae ni una sola carta. Nos preguntamos para qué ha venido y no entendemos nada, al final nos parece que es

un cara dura y que solo ha venido para cobrar. Se compromete a ir y venir en cuatro días (¿?) y traernos cartas. Bueno, lo mandamos con un fax para España donde explicamos todos nuestros planes. Estamos convencidos de que leeremos todas nuestras cartas cuando lleguemos a Skardu o a Rawalpindi. La frase de Javier se hace una vez más realidad; *“esto es un desastre”*.

A lo largo de la mañana el tiempo se ha ido estabilizando, definitivamente parece que ha pasado el temporal y el barómetro va recuperando los valores típicos de los mejores días. Hay que rehacer los planes porque tenemos el tiempo justo para subir y bajar antes de que lleguen los porteadores.

El primer plan es deshacernos de Atta, no queremos que suba con nosotros, es un estorbo y no es amigo nuestro. Le decimos que vamos a recuperar el material para volvernos a casa porque no da tiempo para subir a la cumbre. Quizá porque está seguro de que el buen tiempo no va a durar, Atta se deja convencer.

También los neozelandeses, los kiwis, van a intentar la cumbre y con ellos van a ir Alison y Rob. Peter Hillary nos comenta que sería interesante juntarnos en el Hombro para ir a la cumbre todos juntos, eso facilitaría mucho las cosas. Es fácil que en la cumbre haya nieve profunda y el trabajo en equipo haría menos penosa la ascensión. Sin mucha convicción, quedamos en juntarnos en el Hombro donde nuestras rutas coinciden.

Son las 9 de la noche del 9 de agosto, hoy hemos cenado un poco antes de lo habitual porque queremos aprovechar la Luna llena y escalar durante toda la noche hasta el Campo II. En otras ocasiones el Sol y el inevitable calor nos ha agotado de tal manera que hemos necesitado dos o tres horas más de lo normal para alcanzar el campamento. Los primeros en partir somos Javier, Anson y yo. Nosotros abriremos huella durante este primer día para que Pepe, el Flaco y el Americano, que son los que están más fuertes y tienen más posibilidades de llegar a la cima, lleguen hasta allí más descansados. Incluso, si ellos están en condiciones, el plan es que suban de un tirón hasta el Campo III, a 7.100 metros, para intentar hacer la cumbre en tres días, mientras nosotros les apoyamos desde atrás e intentamos la cumbre al día siguiente. Como siempre son planes, el hombre propone y la montaña dispone, ya se sabe.

Antes de salir del campamento, despedidos, abrazos y deseos de buena suerte. Avellanas, Abdul y el nuevo ayudante de cocina, Joaya, nos dicen adiós con entusiasmo. Atta está en su tienda durmiendo, ¿o tal vez rezando? No se asoma para nada. Definitivamente, no nos caemos bien.

Vamos caminando los tres juntos por las piedras de la morrena, es la última vez que vamos hacia la montaña, sentimos que está pronta la liberación. Recuerdo que cuando subíamos al Everest por la vertiente norte y alcanzamos la arista ya muy cerca de la cumbre, quizá a unos 8.500 metros de altitud, la nieve nos llegaba cerca de la cintura y comprendimos que no se podía subir, entonces, cuando decidimos regresar después de tres meses en la montaña, más que rabia, lo que sentí fue un gran alivio similar al que experimento camino del último intento de alcanzar la cumbre del K-2. Estamos haciendo lo que podemos y lo estamos haciendo bien pero si la montaña no se deja subir, nunca lo conseguiremos.

Cuando llegamos al pequeño depósito que tenemos al pie de la vía ha pasado casi una hora, las luces del Base hace mucho rato que se quedaron atrás. Sujetado a un tornillo en un serac, un petate nos sirve para guardar los arneses, cascos, crampones y algún piolet. Nos equipamos y aprovechamos para beber un poco. Abdul nos ha preparado té muy azucarado que todavía está caliente. A pesar de que es de noche, no hace frío o, por lo menos, no lo tenemos.

Comenzamos a ascender lentamente por los amontonamientos de nieve que alguna avalancha reciente ha acumulado al pie del amplio corredor que forma el comienzo de la ruta Cessen. La avalancha ha cubierto la rimaya que empezaba a abrirse y sin dificultad avanzamos hacia el Campo I.

Vamos desencordados, la nieve está dura pero la dificultad es mínima. La Luna llena nos permite avanzar sin la ayuda de las linternas y podemos también apreciar cómo la avalancha de la base se ha formado al deslizarse la nieve de la capa superficial del corredor.

Cuando llegamos al Campo I han pasado apenas tres horas desde que salimos del Campo Base. La tienda de este campamento está totalmente sepultada y solo podemos ver la cúpula, cuando pasen por aquí Pepe, Lorenzo y el Flaco, la tendrán que recuperar porque esta tienda la necesitamos para el Hombro.

Nos sorprende que la nieve esté dura, pensábamos que el trabajo de abrir huella iba a ser más duro. Seguramente no ha nevado por aquí tanto como nosotros pensábamos. Cuando llegamos a las cuerdas fijas que comienzan nada más salir del Campo I, nuestro gozo se cae en un pozo, las cuerdas están aprisionadas por una capa de nieve dura y hay que arrancarlas para poder subir con seguridad. Al cabo de no mucho rato, nuestros brazos están destrozados. Nos vamos turnando los tres en cabeza pero la falta de sueño, el peso que transportamos y esta broma de la cuerda nos hacen ir muy lentamente.

La canal que subíamos se ha convertido en pared y la pendiente es bastante más pronunciada, tal vez 50 grados. No hace frío pero Javier y yo vamos con los trajes de altura y no nos estorban. El cielo está completamente estrellado, estamos confiados porque parece que el tiempo se mantiene bueno.

Cuando alcanzamos el "Pirulí", estamos a 6.000 metros, el sueño es espantoso, nos vamos durmiendo en cada parada y no aguantamos más. Decidimos echar una cabezada así que, como podemos, colgamos las mochilas de las cuerdas fijas y nos aseguramos convenientemente. De esta manera, sentados en las mochilas en una incómoda postura, con mil metros de pared bajo nosotros, descansamos un poco. Mientras, podemos distinguir en la mitad de la pendiente unas luces que, poco a poco, se van acercando hacia nuestro improvisado vivac, son nuestros amigos que han salido algunas horas más tarde del Campo Base y que enseguida nos darán alcance.

El primero en llegar hasta nosotros es Lorenzo, el Americano, que, como siempre, va como una moto, fortísimo. Detrás, también va muy fuerte, llega Javier, el Flaco y, algo más retrasado, viene Pepe. Todavía es de noche y ahora proseguimos todos juntos por las últimas rampas que nos separan del Campo II.

Cuando amanece, el espectáculo es impresionante. El cielo comienza a clarear y las cimas más altas se iluminan lentamente, la cumbre del K-2, la más alta, es la primera que adquiere un tono rojizo intenso, inmediatamente después es el Broad Peak, el lejano Masherbrum, el Chogolisa ... El horizonte está completamente despejado y pronto es un mar de montañas el que va cambiando las tonalidades mientras el Sol gana altura. En el fondo del valle, el glaciar continúa inmerso en las sombras. Allí, en el Campo Base, todavía no ha amanecido.

Una vez más la belleza del amanecer en la montaña nos tiene absortos durante unos instantes, estamos muy cerca del Campo II y nos hemos detenido para intentar captar tanta belleza con nuestras cámaras fotográficas. También, por qué no, ha sido una buena excusa para descansar.

Estoy asegurado bajo un desplome mientras Javier está superando este paso. Aguanto estoicamente la lluvia de nieve y trozos de hielo que me caen desde arriba intentando que no se me introduzcan por el cuello del anorak. Pepe está algo más retrasado que yo aunque a él también le cae algo de nieve. Cuando cesa la lluvia, me encaramo por la cuerda fija que está bastante tensa, aprisionada por la nieve caída en los días pasados. El hielo que hay en la cuerda no deja que mi jumar se fije bien y tengo que ayudarme con el piolet para superar este paso. Los crampones buscan una presa en la nieve polvo que cubre las rocas mientras la mochila se empeña en hacer más difíciles las cosas. Al final, jadeando, salgo de este pequeño desplome y continúo por el empinado corredor que hay en la parte superior. Ahora me explico lo de la lluvia, la nieve ha cedido y debajo ha aparecido una placa rocosa donde los crampones resbalan volviendo a reanudar la lluvia de nieve y hielo que esta vez yo le tiro a Pepe.

Todavía estamos a 6.400 metros y una pendiente de nieve polvo nos conduce a una canal rocosa. El hielo cristalino que hay bajo la nieve nos obliga a escalar con precaución aunque las cuerdas que tenemos instaladas facilitan bastante la progresión. La canal no es difícil, apenas son diez metros de escalada mixta y, de nuevo, otra canal de nieve que desemboca en lo más alto de esta pared triangular. Estamos ya en el campo de nieve donde tenemos montado el Campamento II.

Cuando vemos el campamento, el Americano y el Flaco ya hace tiempo que están allí y tienen medio desenterrada una tienda. Ellos han terminado de abrir la huella y de sacar la cuerda en esta última parte del camino y, por adelantar tanto, llevan bastante rato paleando nieve, así que, cuando nos ven, se sientan a esperar a que les relevemos en este trabajo.

Por walkie-talkie nos ponemos en contacto con Manolo Avellanas que pacientemente espera nuestras noticias en el Campo Base.

-Aquí Pepe llamando al Campo Base desde el Campo II, ¿me escuchas? Cambio.

-Adelante, adelante, Pepe. ¿Qué tal estáis? Cambio.

-Bien, hemos llegado hace un rato y estamos aquí los seis. Esto es un desastre, como reza la frase de la expedición. Una tienda está completamente rota ..., me dice Javier que ya hemos movido cuatro o cinco metros cúbicos de nieve para desenterrarla y tenemos que buscar la puerta de la otra tienda que está tapada por un gran plástico,

porque pensamos que debajo de esta bóveda de nieve la tienda puede estar bien y tenemos que sacar material como los sacos, los trajes de altura ...

-Bueno, veo que el horario que habéis sacado está bastante bien. ¿la nieve cómo estaba? Cambio.

-La nieve estaba bastante bien. Esto es contra todo pronóstico. Hemos llegado prácticamente todos juntos salvo Lorenzo Ortiz y Javier Olivar que se han adelantado y han ido abriendo huella y sacando la cuerda. Por lo demás, hace fresco y se ve un mar de nubes al fondo, esperamos que el buen tiempo se mantenga, a ver si tenemos tres días seguidos de buen tiempo. Cambio.

-Hay que felicitar a Lorenzo Ortiz que es su santo y su cumpleaños y a Lorenzo Ortas que también es su santo, con que, esta música va por ellos.

A continuación Manolo Avellanas nos transmite las notas del himno de San Lorenzo y, sin poderlo evitar, nos emocionamos los dos mientras nuestras mentes vuelan lejos, muy lejos del Karakorum.

-¿Cómo estáis los Lorenzos? – pregunta Manolo – Cambio.

-Bien, bien. El Americano como una moto y yo como una moto vieja. Oye, Manolo, te juego una cerveza en el Arkanos a que en casa no se imaginan dónde estamos.

-¿Cuáles son los planes? Cambio.

-Los planes son que Pepe, Javier Olivar y Lorenzo Ortiz, que son los que están más fuertes, se suban al Campo III a dormir allí, y mañana empezarán a abrir huella hacia el Hombro con la idea de que nosotros les alcancemos y les ayudemos a abrir huella. Cambio.

-Muy bien, muy bien. A ver si tenéis suerte y ¡ánimo y para arriba!

Después de descansar un rato, como estaba previsto, Pepe, Lorenzo y Javi reemprenden el camino hacia el Campo III. Javier Olivar va abriendo huella y, de nuevo, lo más penoso es sacar la cuerda de la capa de nieve dura que la aprisiona. Una hora más tarde ya han desaparecido de nuestra vista y nosotros nos entretenemos en acondicionar la tienda en la que pasaremos el resto del día y de la noche. Nos acomodamos en el interior y comenzamos la rutina de siempre, deshacer la nieve para beber y cocinar algo de comida, una sopa, un Meritene ..., después comeremos algún trozo de jamón, queso, turrón ... todo acompañado por los “chapatís” que hemos subido hasta aquí.

-Aquí Campo III, aquí Javier desde el Campo III. ¿Hay alguien a la escucha? Cambio.

-Adelante, adelante Javier, aquí Campo Base. ¿Ya habéis llegado al Campo III? Cambio.

-Pues sí. Acabamos de llegar Lorenzo y yo. Pepe viene un poco más tarde. ¡Vaya paliza que nos hemos metido! Las tiendas al parecer están bien aunque hay que palearlas. Cambio.

-Bueno, muy bien, os habéis metido en el Campo III en tres horas. Cambio.

-Sí, pero la nieve está muy mal. Hay ratos que está buena, los menos, pero en general está muy mal. Desde abajo, desde el Campo Base es un chaquetazo.

-Bueno, bueno, descansar y fundir nieve. Hasta luego. Cambio

-¿Sabes algún pronóstico del tiempo? – pregunta Javier – Parece que está empeorando. Cambio.

-Aquí abajo hace viento y frío, las nubes se ven en el Chogolisa pero aquí no se ven nubes. Vosotros tenéis nubes porque siempre se pone la nube fija en el K-2 a la altura de 6.500 a 7.500. el barómetro está muy alto, nunca ha estado tan alto como ahora. De todas las maneras, por aquí no se en una sola nube en todo el Campo Base excepto la que tenéis vosotros allá arriba. Cambio.

-¿Ves la cima del K-2?

-Está totalmente despejada, hay sol en toda la montaña menos donde estáis vosotros. Cambio.

La nube que tanto preocupa al Flaco es la típica nube de evolución diurna que parecía fijarse en el valle suspendido bajo el Hombro y de la que ya nuestros amigos catalanes nos habían advertido que, a veces, engañaba porque el resto de la montaña, tanto arriba como abajo, gozaba de un sol espléndido.

11 de agosto. Hoy no hemos madrugado nada. Sin prisas, hemos comido algo antes de salir y hemos remontado las cuerdas en dirección al Campo III donde nuestros compañeros nos esperaban descansando. Ayer se cansaron demasiado y nos hemos convencido de que intentar subir el K-2 en tres días es demasiado si tenemos que ir abriendo huella y transportar las tiendas, los sacos, ... habrá que subir en cuatro.

Lo malo de salir tarde es que el sol y el calor te agotan más que la pendiente y la altura, ¿o será todo a la vez? El caso es que vamos agobiados y nos ponemos los trajes de altura recogidos en la cintura y nuestras pañoletas verdes de San Lorenzo protegiéndonos la cabeza de una insolación.

Cerca de la cresta que nos introducirá en el valle suspendido, vemos por unos momentos el Espolón de los Abruzzos y podemos distinguir a varias personas que lentamente van escalando hacia las rocas de la Pirámide Negra. Son Alison, Rob y los neocelandeses. No podemos hablar con ellos pero nos alegramos de verlos y de pensar que es posible que nos juntemos en el Hombro tal y como habíamos planeado.

-Manolo, Manolo, soy Lorenzo Ortas. Acabamos de llegar al Campo III Javier, Ansón y yo. Hemos llegado bastante cansados porque hace mucho calor, aquí no corre ni gota de aire. Vamos a ver si podemos descansar un poco y esta noche, allá a las diez o las once, aprovechando la Luna llena, saldremos hacia el Hombro. Cambio.

-Muy bien, muy bien, Lorenzo. Bueno, aquí la presión cada día va aumentando poco a poco, estamos diez puntos por encima de cuando hace mal tiempo, es impresionante cómo está la presión. Esperemos que sea cosa de buen augurio y que siga así. Cambio.

-Bueno, con tal que no explote, tanta presión... pero lo que interesa es que las variaciones no sean bruscas porque, contra más bruscas, menos duraderas. Cambio.

Manolo argumenta que la presión va subiendo por las mañanas y que después se estabiliza durante el día y que, con la presión alta, también el oxígeno tiene más presión con lo que nos cansaremos menos.

Para no ser una excepción, hoy también paleamos un rato. Tenemos que montar dos pequeñas tiendas más. Sin mucho trabajo, tallamos dos plataformas en torno a la tienda que ya había en este campo de forma que nos sea posible pasarnos cosas sin levantarnos de los sacos. En una tienda se instalan Ansón y el Flaco, en otra Pepe y Ortiz y en la otra Javier y yo.

Pasamos el resto del día fundiendo nieve, descansando, durmiendo y comiendo, en definitiva recuperando fuerzas si es que a esta altura, a unos 7.100 metros, es posible recuperarlas.

Manolo desde el Base nos indica los medicamentos que debemos llevar:

...habrá unas pastillas de color naranja, que son unas cápsulas de plástico, que se llaman Adalat. No Adalat Retard sino Adalat solo. Cambio.

-Adalat. Lo tengo en la mano –asiente Pepe.

-Después otras que el pack es rojo que se llaman Adalat Retard. Son pequeñitas. Cambio.

-Adalat Retard, lo tengo aquí.

-Bien. Después habrá unas pastillas pequeñitas blancas, son un pack de fondo gris que se llaman Fortecortin. Cambio.

Sigue Manolo dándonos instrucciones para el uso correcto de estos medicamentos y para la resolución de cualquier problema que pudiéramos tener en altura, dolor de cabeza, vómitos, congelaciones, etc...

A las diez de la noche nos levantamos y nos comenzamos a preparar. El espacio en las tiendas es tan reducido que primero tiene que vestirse uno y cuando ya se ha puesto las botas, comienza a fundir nieve para tomar alguna bebida caliente. Afuera el frío es intensísimo y la escarcha que se ha formado en el techo de la tienda comienza a caer sobre nosotros mojándolo todo como si de una ligera nevada se tratase. Es una cosa molesta aunque, a estas alturas, ya nos hemos acostumbrado.

Después de comer algo, no muchos porque a esta altitud cuenta mucho esfuerzo meter comida en el estómago, salgo al exterior para calzarme los crampones dejar prepararse

más cómodamente a Javier. En las otras tiendas también hay movimiento. Hoy tenemos que escalar los casi 900 metros de desnivel que nos separan del Hombro. No sabemos cómo es este trayecto ni qué dificultades nos esperan, así que tenemos que ir con tiempo para poder llegar temprano y poder descansar el resto del día.

Cargo en mi mochila la cantimplora, el infiernillo, un saco y una esterilla además de mi equipo personal. Javier cargará la tienda, algo de comida y la cámara de vídeo. Está empeñado en hacer una buena y completa filmación de la expedición y, a juzgar por las horas que lleva filmadas, seguro que lo consigue.

Antes de salir me pongo en contacto con el Campo Base.

-Manolo, ¿me escuchas? Nos vamos para arriba. Cambio.

-¿Qué os marcháis ya? Cambio.

-Bueno, me voy yo, la gente aún está dentro de las tiendas, pero, tranquilo que ya me cogerán.

-Muy bien, venga. ¡Ánimo y para arriba tranquilo! Hasta luego Lorenzo, que haya suerte.

Lorenzo Ortiz es el último en abandonar el Campo III y también comunica con Manolo antes de partir.

-A ver, a ver, ¿me recibes bien?

-Adelante, adelante, Americano. ¿Ya estáis todos para salir hacia el Campo IV? Cambio.

-Sí, aquí estoy tranquilo con las botas puestas, ahora me pondré los crampones. Estoy dejándoles un poco de ventaja. Ya iré cogiéndolos poco a poco. Aquí estoy descansando un poco más.

-Yo estoy en el comedor, hace un frío que pela, a seis grados bajo cero. Está la noche estrellada, no se ve ni una nube ni media y sopla un ligero viento del norte. El barómetro sigue estando bastante alto. Lorenzo, ¿eres el último que queda por salir? Cambio.

-Sí, sí, hace un minuto o dos que han salido Flaco y Manuel.

-Bien, Lorenzo me ha llamado hace más o menos una hora, que salía para adelante. Y... ya sabéis; suerte y precaución.

Al poco rato de salir, Manuel Ansón decide regresar al Campo III porque no se encuentra fuerte y todavía puede hacerlo solo, sin necesidad de que lo acompañemos ninguno de nosotros. Terminará de pasar la noche en la tienda que hemos dejado en el Campo III y después, por las cuerdas fijas, descenderá hasta el Campo Base.

La pendiente por la que estamos escalando es mucho más fuerte de lo que imaginábamos. Algunos tramos rocosos dificultan la ascensión y la nieve blanda nos hace dudar de cual es la ruta más idónea. Hace mucho frío y enseguida la nieve que encontramos está venteada y muy dura. Tenemos que extremar las precauciones. Vamos sin encordar porque la posibilidad de asegurarnos con un mínimo de garantía es nula. También la necesidad de avanzar más rápidamente nos hace asumir los riesgos de una progresión sin más protección que la prudencia y una extrema atención en cada uno de nuestros movimientos.

A mitad camino la oscuridad que nos envolvía comienza a disiparse y la Luna llena nos ilumina permitiéndonos apagar la luz de nuestras linternas. La pendiente, lejos de aminorar, se va haciendo cada vez más fuerte y la nieve dura es constante.

La altura nos obliga a detenernos a descansar con más frecuencia. Aunque hemos intentado cargar las mochilas con lo indispensable, incluso llevamos solo dos sacos para los cinco, acusamos su peso y las correas parece que quieren partirnos los hombros.

Cuando amanece estamos ya muy altos, cerca de un gendarme que está situado en lo alto de las rocas, prácticamente en el Hombro, y hacia el cual nos dirigimos. La parte final de este valle suspendido que estamos remontando es, más bien, una pared donde la nieve endurecida por el viento deja al descubierto numerosas rocas por donde es delicado, y hasta se podría decir que difícil, progresar.

El sol del amanecer tiñe de rojo intenso la cumbre del K-2 mientras el resto del mundo que desde aquí vemos permanece sumido en las tinieblas. La Aleta de Tiburón, el Serac, el Cuello de Botella ..., poco a poco el K-2 nos va desvelando sus secretos mientras un nuevo paisaje aparece ante nosotros con una belleza inaudita. ¿O tal vez es la emoción de estar en un lugar tan alto y rodeado de amigos lo que le da a este momento una magia especial? No lo sé, pero los amaneceres que he podido ver desde las montañas más altas siempre me han deparado momentos inolvidables.

El Broad Peak ya se ha quedado prácticamente a nuestra altura y por detrás de él han amanecido una serie de montañas, algunas de las cuales consigo identificar, son los Gasherbrum, las “Montañas Resplandecientes”; la cumbre de la izquierda, la más alta, es el Hidden Peak o Gasherbrum I, la montaña que hace doce años escalamos con Javier, Víctor, Jerónimo, Ignacio y Toño. En aquella ocasión, una pirámide que destacaba en el horizonte ya oscurecido por el anochecer nos confirmó que habíamos llegado a la cumbre, era el K-2. Nunca habiéramos podido imaginar que años más tarde estaríamos tan cerca de su cumbre. El Gasherbrum II que en aquella ocasión no se dejó subir, el G-III y el G-IV completan el grupo de estas hermosas montañas.

El tiempo sigue estando completamente despejado al amanecer y el mar de montañas es todavía más impresionante que en los días anteriores.

Con mucho cuidado atravieso las últimas rocas y alcanzo el gendarme que bordeo por la izquierda. Continúo subiendo por nieve venteada pero por un terreno sensiblemente menos empinado. El juego de luces me parece bonito y hago alguna fotografía a Javier, él va cargado con el vídeo y, a pesar del frío, filma por unos instantes el magnífico espectáculo que desde aquí arriba nos brinda la Naturaleza.

Estamos prácticamente a 8.000 metros y la falta de oxígeno nos hace caminar lentamente. Cada pocos pasos nos detenemos para recuperar el aliento. Apoyados sobre nuestros piolets para mitigar el peso de nuestras mochilas, descansamos unos instantes y nos marcamos pequeñas metas que intentaremos alcanzar antes de detenernos de nuevo agobiados por la fatiga.

Como siempre, me quedo el último. Voy bien pero lento. Intento no esforzarme más de lo necesario, esto no es una carrera, solo se trata de llegar, llevo parte del material necesario para instalar el Campo IV y considero que mi esfuerzo es necesario. No obstante, me doy cuenta de que si voy a la cumbre seré un estorbo porque me tendrán que esperar y comprometeré las posibilidades de los demás. Antes de llegar a donde montaremos las tiendas de este último campamento, ya decido que yo no iré a la cumbre.

Estamos a 7.950 metros, quizá a 8.000, ¡qué más da! Estamos muy altos, en una ancha arista de nieve que une el Espolón de los Abruzzos y la cara sur-sureste, por donde hemos subido, con la pirámide somital del K-2 que está sobre nosotros, es lo que se conoce como el Hombro. La arista termina en un corredor conocido como Cuello de Botella. Sobre él un enorme serac blanco parece amenazar a los que quieran cruzar este paraje. A la izquierda del serac, una fuerte pendiente se dirige hacia la Aleta de Tiburón que es un serac triangular situado en lo que parece la cumbre, aunque sabemos que la verdadera cumbre está más atrás, fuera de nuestra vista. Estas son las últimas dificultades que nos separan de la cima del K-2. Las conocíamos de sobras, todos las habíamos visto y oído una y mil veces en los libros y ahora las teníamos delante de nuestros ojos. Volvíamos a sentir ese cosquilleo en el estómago, es mezcla de querer subir y desear estar de vuelta, eso que realmente hay que llamar miedo.

El tiempo es magnífico, hace frío pero el Sol es reconfortante y no hace nada de viento. A nuestro alrededor tenemos un mar de montañas y no conseguimos ver ni una sola nube.

-¡A ver Manolo, a ver Manolo! ¿Me escuchas? Cambio.

-Dime Pepe, te escucho. Cambio.

-Estamos en este momento Javier Escartín, Lorenzo Ortiz, Javier Olivar y yo en plena arista del Hombro. Cambio.

-Muy bien, muy bien. ¿Vais a poner ya en Campo IV? Cambio.

-Afirmativo, afirmativo. Hemos subido en ocho horas, nos ha venido muy bien la huella que hicimos Lorenzo y yo el otro día porque parece ser que a esta altura no ha nevado tanto. Luego la nieve por aquí arriba no ha estado mal. Ahora, en unos minutos, aparecerá Lorenzo Ortas. Cambio.

-Oye, Manuel Ansón no me ha dicho nada. ¿Sigues subiendo? Cambio.

-No, Manuel al salir del Campo III no se encontraba bien, nos ha pasado la carga y se ha quedado en el Campo III. Más adelante se pondrá en contacto contigo para decirte sus intenciones. Cambio.

-Bueno, si no se encontraba bien, mejor que se haya dado la vuelta. Habéis subido muy bien, me imagino que los ánimos están en lo más alto. El tiempo es muy bueno y la presión sigue estando muy alta. Cambio.

-Sí, a nosotros nos ha sorprendido el horario porque teníamos las referencias de que costaba once horas. Hemos subido toda la noche con una temperatura entre 16 y 18°C bajo cero. Los pies y las manos se han resentido bastante pero ahora el Sol nos calienta, estamos haciendo agua y vamos a terminar de montar las dos tiendas. Cambio.

Pepe continúa hablando con Manolo mientras éste le cuenta que en el Campo Base también han estado a 9°C bajo cero y que sigue soplando viento de China.

Cuando llego a los restos de la plataforma donde instalaron su campamento los holandeses, Javier, Ortiz y Olivar están picando una plataforma mientras Pepe está terminando de montar una tienda. Aprovecha las estacas de nieve y las botellas de oxígeno que hay abandonadas para atar allí los vientos. Yo me descargo la mochila y me intento descansar haciendo algunas fotografías.

Al poco rato nos llaman desde el extremo de la arista y vemos aparecer por ella a Rob Slater y a Alisos Hargreaves. Van encordados y lentamente se acercan hasta nosotros. Tienen instalado su campamento IV al otro lado de la arista, algo más bajo que el nuestro y fuera de nuestra vista. Tal y como habíamos planeado, vienen para acordar la hora de salida para el día siguiente. Entre todos, acordamos partir a las doce de la noche.

El Sol luce con todo su esplendor y la temperatura es tan agradable que tanto Alison como Rob se tumban al lado de nuestras tiendas para descansar y se quedan profundamente dormidos. Mientras tanto, nuevas figuras aparecen por la arista, son los neocelandeses, los “kiwis”, que también han venido hasta nuestro campamento para hacer planes para el día siguiente. A Matthew, Kim y Jeff la hora acordada les parece bien y también ellos duermen una siesta junto a nuestras tiendas.

Mientras, las horas van pasando y nosotros intentamos recuperarnos bebiendo mucho, comiendo algo y durmiendo lo que podemos.

Nubes de evolución diurna van cubriendo las montañas del horizonte y llegan hasta nosotros cubriendo también la pirámide somital del K-2 donde nos encontramos. Nuestra preocupación aumenta cuando esta nube comienza a soltar algunos copos de nieve. Son las doce del mediodía y la preocupación va tornándose poco a poco en incertidumbre. No sabemos qué hacer, desde luego no queremos arriesgar más de lo necesario y estamos dispuestos a bajarnos al Campo Base definitivamente si no lo vemos claro.

-A ver , Campo IV, Campo IV ¿Estáis a la escucha? Cambio. –Es Manolo que nos llama desde el Campo Base.

-Sí, sí. Estamos a la escucha.

-Has visto que el día ha evolucionado como todos los anteriores. Cambio.

-Pues, no lo sé, porque no me he asomado demasiado. –Le contesto- Cambio.

-Quedan unas pocas nubes pegadas a la cara oeste y a la cima, como todos los días, porque es el último sitio donde pega el sol, pero conforme el sol se vaya marchando, se irán yendo todas las nubes. Aquí abajo sigue soplando viento de China. No obstante, el barómetro ha bajado. Cambio.

-Bueno, bueno. A ver qué decidimos.

-La noche va a ser buena y estrellada porque no se ve ni una nube por ningún sitio...

Efectivamente, conforme ha ido atardeciendo, como todos los días, las nubes se han ido disipando y las montañas han quedado totalmente despejadas. La ilusión por poder intentar la cumbre vuelve a reavivarse en nosotros mientras seguimos tumbados dentro de las tiendas recuperando, en la medida de lo posible, nuestras fuerzas.

Algo más tarde, ya de noche, Manolo Avellanas vuelve a ponerse en contacto con nosotros:

-A ver, a ver, Campo IV ¿Estáis a la escucha?

-Siempre a la escucha el Campo IV –le contestamos- Cambio.

-Está pasando lo que nunca pasa, viene viento de China y se está cubriendo. Cambio.

-Está cubriéndose, ya lo veo.

-Desde China. La parte sur está totalmente despejada y la de China está empezando a cubrirse. Cambio.

-Aquí ha hecho algo de viento y la Luna tiene bastante cerco. Cambio.

-El K-2 estaba totalmente despejado hasta hace un rato y cuando he salido a las nueve para saber si teníais noticias de los kiwis y los americanos, la sorpresa ha sido que se estaba cubriendo desde el norte. Cambio.

Seguimos descansando ajenos a lo que ocurre en el exterior. Sea lo que sea, al día siguiente tenemos que estar fuertes para subir hacia la cima o para bajar al Campo Base.

-Campo IV, Campo IV. Cambio. –Manolo vuelve a ponerse en contacto con nosotros.

-Te escucho. Cambio.

-Radio Gilgit ha dado para mañana, para esta zona, día claro. Cambio.

-Bueno, más complicado todavía. –Le contesto- Cambio.

-Sí, más complicado. Son pronósticos de zona, a lo mejor en este sitio no es así, comenta Manolo- pero en esta zona han dado buen tiempo y claro. Cambio.

-Bueno, bueno, pues ya veremos, decidiremos sobre la marcha. Cambio.

-Aquí se ha levantado un viento desde China que puede que se nos lleve todas las tiendas del Base.

-Sujetadlas bien. –Les respondemos desde el Hombro- No sabemos qué vamos a hacer, no nos hemos asomado todavía.

-El viento lleva cinco minutos. No sé si es bueno o malo pero recuerda que el otro día empezó a despejar el mal tiempo. Cambio.

-¿Sabéis algo de las otras expediciones, -pregunta Manolo- si han pasado hacia arriba, no han pasado o qué es lo que han hecho? Cambio.

-No sabemos nada. Cambio.

-¿Han recogido el material que han dejado allí arriba? Cambio.

-No lo han recogido. Cambio.

-Bueno, eso quiere decir que todavía están en las tiendas o que se han bajado al Campo tercero. –Comenta Manolo- Cambio.

-No sabemos nada –respondemos- pero nosotros, si no subimos para arriba, vamos a recoger todo esto y nos iremos para abajo. Cambio.

-Bueno, ya diréis algo. Cambio.

Cerca de media noche, el tiempo parece que se mantiene bueno y mis compañeros deciden salir a probar suerte. Comienzan los largos preparativos, hay que vestirse uno a uno porque el espacio dentro de la tienda es mínimo. Yo me encojo todo lo que puedo en un rincón de la tienda mientras Javier y Pepe se ponen las botas y toman algo caliente. Una hora más tarde ya están listos para salir, el frío es intenso y yo agradezco poder meterme en el saco y seguir descansando mientras les deseo suerte.

-A ver Flaco, Flaco. Aquí Manolo desde el Campo Base ¿me escuchas? ¿Qué me estás diciendo, que vais a hacer un intento a ver si os acompaña el tiempo? Cambio.

-Exacto, exacta. El tiempo parece que quiere cambiar pero vamos a hacer un intento ya que estamos aquí. Por lo menos..., lo tenemos tan cerca, vamos a ir subiendo a ver cómo evoluciona. Cambio.

-El tiempo ha cambiado, sigue el viento del norte, no sé si para mejorarlo o para empeorarlo. Donde estáis vosotros se ve limpio, aunque no sé cómo evolucionará esto. De todas las maneras, suerte y precaución. Cambio.

Después de partir mis compañeros, alguien llama a la puerta de mi tienda, son los neozelandeses Peter, Kim y Matt que me piden permiso para meterse en la otra tienda

porque tienen mucho frío. Sus otros dos compañeros, Bruce y Jeff, continúan hacia la cumbre.

Algunas horas después Manolo vuelve a llamar;

-¿Hay alguien a la escucha, hay alguien a la escucha? Aquí Campo Base, ¿me escucháis? Cambio.

-Aquí Campo IV. Sólo te escuchamos nosotros. Cambio.

-¿Habéis subido hacia arriba, os habéis quedado abajo? ¿Qué habéis hecho? Cambio.

-Lorenzo Ortiz, el Flaco y Javier están subiendo para arriba. Pepe tenía mucho frío en las manos y se ha bajado del Cuello de Botella...

-Repíte, repíte, no te oigo bien, ¿Pepe ha llegado con los pies muy fríos? Cambio.

-...

-No te oigo bien. ¿Javier está contigo en el Campo IV? Cambio.

-No, no. Pepe está conmigo en el Campo IV. Javier está con Flaco y Lorenzo subiendo hacia la cumbre. Cambio.

-Parece que la noche ha evolucionado a bueno, -me dice Manolo- mejor de lo que parecía. Cambio.

-Por lo visto está haciendo un frío terrible... -le comento.

La comunicación es muy mala y se pierde la voz ahogada por un molesto ruido. Efectivamente, pocas horas después de haber salido de las tiendas, Pepe ha regresado porque el frío que tenía en las manos no le permitía continuar. La congelación y la amputación que sufrió después de ascender al Everest le ha dejado las extremidades mucho más sensibles al frío y no era prudente seguir hacia la cima.

Después de un rato en que Pepe y yo estamos medio dormidos, en la tienda de al lado, los neozelandeses parecen despertarse. Me asomo y veo a Peter que va solo hacia el Cuello de Botella. Pienso que es muy tarde para intentar la cima y que debe de ir para hacer alguna fotografía o quizá a subir un poco más alto, simplemente por hacer altura. Por un momento tengo ganas de seguirle, me parece que es perder una oportunidad el no ir hasta el Cuello de Botella una vez que estoy aquí arriba pero recuerdo lo justo de fuerzas que iba cuando llegué ayer al Hombro y creo que es mejor reservarse para el descenso. Me vuelvo a cobijar dentro de la tienda junto a Pepe esperando que pasen las horas.

A las cinco de la mañana Lorenzo Ortiz se pone en contacto con nosotros y con el Campo Base. Está con Javier Olivar cerca del Cuello de Botella. Nos comunica que el resto de la gente, entre ellos Javier Escartín, está cien metros más abajo y que hace mucho frío. Tienen dudas sobre si seguir o no porque hay nubes bajas en la vertiente china. Nosotros no sabemos qué aconsejarles salvo repetirles que tengan prudencia. Manolo les comunica que en el Campo Base hace mucho viento, que hay nubes bajas

pero que la cumbre del K-2 está limpia como todos los días. aL final, Lorenzo y Javi deciden esperar a ver si con el amanecer el tiempo se define en un sentido o en otro.

Algún tiempo después, Lorenzo se pone de nuevo en contacto con nosotros.

-Estoy aquí con el Flaco a un minuto del Cuello de Botella.

-¿A un minuto del Cuello de Botella?

-A cincuenta metros o así. –Me responde Lorenzo.

-Y la gente dónde está? –Le pregunto.

-Van subiendo despacio..., como si fueran al Aneto.

-A lo mejor es que lo tienen poco claro como nosotros.

-Bueno, -me dice Lorenzo- yo creo que ya de aquí nos iremos para abajo, me parece a mí.

-Pues no lo sé. Voy a asomarme a ver cómo está el tiempo.

-...

-¿Cómo os encontráis vosotros? –Le pregunto a Lorenzo.

-Yo muy bien. Flaco ¿y tú? ... Dice Flaco que tiene frío pero, ¡va!, está hecho una moto.

-Americano, Americano, -le llama Manolo desde el Campo Base- ¿Qué tal estás?

-Bien, hecho polvo porque no vamos a poder subir. Manolo, me parece que esto se acaba.

-¿Por el tiempo? Cambio.

-Sí, sí. ¿Ves el halo del Sol?

-No, hasta las ocho de la mañana no loo veré. Aquí hace un viento fuerte de China.

-Vamos a esperar a que llegue Escartín para tomar una decisión juntos. Esto pinta muy mal, cada vez hay más nubes por China, más altas y la aureola del Sol...

-¿De allí hasta arriba, cuánto tendríais teóricamente? –pregunta Manolo.

-Yo calculo, de aquí a la “Piedra Triangular”, a poco bien que esté la nieve, cuatro horas. Y otras tres hasta la cima.

-Ya, ya, muchas horas.

Manolo no puede resistir la tentación de ponerle a Lorenzo el himno de San Lorenzo para que suene en lo alto del Cuello de Botella. Hoy es día 13 de agosto y seguro que, en nuestra lejana Huesca que está celebrando sus fiestas patronales, a miles de kilómetros de aquí, estará sonando esta misma melodía que nos pone la piel de gallina y humedece nuestros ojos.

-¡Qué mala suerte hemos tenido a última hora! Cambio. –Replica Manolo.

-Sí, sí. Porque la montaña está ideal, es una pena. –Asiente Lorenzo- Yo creo que lo más recomendable es bajarnos, lamentándolo mucho... la montaña es así. Cambio.

-Tenéis que valorar –intervengo yo desde el Campo IV- las posibilidades que tenéis de bajar si hay un cambio de tiempo. Cambio.

-Desde aquí todas, más arriba, depende de las cuerdas que haya. –me responde Lorenzo.

-Hay cuerdas hasta la “Piedra Triangula” según nos dijeron los holandeses. El problema es que más arriba es más llano y si no hay visibilidad, es muy difícil encontrar el camino de regreso.

-Sí, ya lo sé. Loren. Bueno, ya llegan Bruce, Alison y Javier. A ver qué decidimos. Cambio.

-...

-Lo que dice Alison es que os da tiempo de ir a la cumbre –el que traduce las palabras de la inglesa es Ansón- aunque ella sí que cree que es un cambio de tiempo lo que se está produciendo ahora. ¿Quiénes estáis arriba?

-Estamos el Americano, Alison, Bruce y yo. –Contesta Javier Olivar- y a unos veinte metros está Javier Escartín. Bueno, ya os comunicaremos lo que sea.

-¿Qué tal tienes los pies? ¿Los tienes muy fríos? Cambio. –Pregunta Avellanas.

-Sí. Yo pensaba que cuando saliese el Sol se me calentarían pero, bueno, no se me calientan.

-Pero, ¿te duelen o no te duelen? Cambio.

-No, dolor no, es la sensación de frío, este dolor frío.

-Bueno, si hay dolor no hay problema. Cambio.

-Esperemos que caliente un poco más a ver si siento alivio. Hasta luego. Cambio.

No sé cuanto tiempo ha pasada cuando Peter vuelve a llamarnos a la puerta para decirnos que se van hacia abajo. El tiempo sigue igual, no hace viento y el cielo se ve despejado aunque hace un frío terrible.

Mientras tanto, podemos ver que el grupo de cima ha decidido continuar porque vemos perfectamente cómo están haciendo la travesía bajo el serac. Hacemos algunas fotografías aunque es casi imposible que después se aprecien los puntitos que son nuestros amigos. Una nube poco consistente, casi como una aureola, está en torno a la cima que se mantiene despejada. No hace viento y la temperatura se está suavizando algo en nuestro campamento del Hombro.

-Ya hemos pasado el Cuello de Botella, Lorenzo ha hecho la travesía y va recto hacia la "Piedra Triangular", nosotros vamos más cansados y estamos aquí, encima del Cuello de Botella. –Javier Olivar se ha puesto de nuevo en contacto con nosotros.

-¿Lorenzo va solo? –Pregunta Manolo- ¿Cómo está la nieve? Cambio.

-Va con él Alison y la nieve está unas veces muy buena y otros ratos está mala.

-Bien, bien. ¿Hay mucho desnivel desde donde está Lorenzo hasta la "Piedra Triangular"?

-Pues no lo sé, tal vez Lorenzo Ortas, si nos está viendo, podría calcularlo.

-...

-Tampoco está muy seguro. –Comenta Manolo- Cambio.

-Querría hablar con el Campo IV, con Lorenzo. –Dice Javier, Flaco.

-A ver, Lorenzo, Lorenzo. ¿Estás a la escucha? Está el Flaco al final de la travesía. Cambio.

No puedo escucharlos desde el Campo IV y, finalmente, Javier corta la comunicación porque se está quedando sin pilas.

Podemos ver cómo están haciendo la travesía en dirección a la "Piedra Triangular". Son pequeños puntos encaramados a la gran montaña que lentamente van ganando altura. Van escasamente separados, quizá es la necesidad de subir de uno en uno por las cuerdas. Mientras tanto, el tiempo parece mantenerse estable, suponemos que es esto lo que les ha animado a proseguir hacia la cumbre después de tanto dudar.

Mientras tanto, Pepe y yo seguimos descansando y esperando el regreso de nuestros compañeros. Nos entretenemos fundiendo nieve y pronto tenemos todos los recipientes disponibles llenos de agua. El día es muy bueno aquí en el Campo IV, no hace viento y el sol nos permite disfrutar de una temperatura agradable para ser que estamos prácticamente a 8.000 metros de altura. Desde nuestra tienda podemos observar cómo las nubes provenientes de China están más bajas que nosotros y pegadas a la falda norte del Broad Peak y los Gasherbrum, son nubes de estancamiento que en ningún momento nos inquietan lo más mínimo. La cumbre del K-2 sigue despejada aunque tras ella hay un ligero velo nuboso que nos recuerda a las nubes de evolución diurna que se han formado en los últimos días.

Lorenzo Ortiz se pone en contacto con nosotros desde el final de la Travesía y nos comenta que Alison les está animando a subir...;

-...esta mujer dice que es buen tiempo que la cima está ya y que hay que subir.

-Bueno, pues podéis subir un poco, si en la cumbre piensa que hace sol, pues...podéis subir hacia la “Piedra Triangula”, -le sigo diciendo yo- pero, a partir de allí no hay cuerdas fijas.

-Lorenzo, Lorenzo, -añade Manolo desde el Base- desde aquí se ve la cumbre con sol y Pedro Nicolás dice también que hace buen tiempo.

Pedro Nicolás, un viejo amigo nuestro de Madrid, excelente alpinista que también conoce la sensación de estar en una montaña a más de 8.000 metros, ha llegado al Campo Base acompañando a un trekking y nos anima en este último esfuerzo por alcanzar la cima. Nos alegramos de su presencia, sobre todo porque los Manolos están más acompañados en estos momentos de indudable incertidumbre. Me hubiera gustado saludar a Pedro en el Base pero cuando bajemos ya se habrá marchado y me tengo que conformar con hacerlo por el walkie-talkie.

Sigue un largo tiempo sin noticias. Desde el Campo IV el tiempo pasa lentamente y llamamos de vez en cuando al Base en busca de noticias;

-Campo Base, Campo Base, ¿alguna novedad? Cambio

-Aquí Campo Base, ninguna novedad. Suponemos que deben de estar llegando ya a la Aleta de Tiburón. Suponemos que entre las dos y las tres de la tarde llegarán a la cumbre, harán contacto y tendremos noticias. Cambio.

-Bueno, nos mantendremos a la escucha. Cambio.

-Lorenzo, el tiempo ¿cómo lo veis desde allí? Cambio.

-Pues, hay muchas nubes y cada nube te trae una nevadica. –Le contesto a Manolo.

-Y ¿hay claros de sol? –Pregunta Manolo- Cambio.

-Sí, sí..., y hace calor.

-Vale, vale, -comenta Manolo desde el Base- es que desde aquí vemos cubierto el Campo I y el II nuestro pero, tenemos la impresión de que por arriba hace sol. Cambio.

Alguien baja desde el Cuello de Botella, no podemos identificarle pero lo podemos ver claramente. Lentamente se aproxima a nuestras tiendas y sólo cuando llega hasta nosotros reconocemos a Jeff, el canadiense que forma parte de la expedición neozelandesa. Nos saluda desde la puerta de la tienda y nos pide un poco de agua que muy gustosamente le damos. Sin apenas descansar, Jeff continúa descendiendo y le despedimos deseándole buena suerte.

-A ver, a ver, Manolo, ¿estáis a la escucha?

Es Lorenzo Ortiz que, después de mucho rato, se ha puesto en contacto con nosotros.

-*¿Americano?* –le responde Manolo.

-*A ver, a ver, Manolo ¿qué hora es?* –pregunta Lorenzo.

-*Son las tres y cinco. Cambio.*

-*Calculo una hora como poco* – dice Lorenzo sin que yo haya podido saber muy bien a qué se refiere.

-*Pero vais bien ¿no?, ¿vais bien?* – insiste en su pregunta Manolo.

-*Estoy preocupado porque se mete de vez en cuando una nube. Estamos muy cansados todos.* –Responde Lorenzo con la voz firme pero denotando la fatiga del esfuerzo.

-*Bueno, vosotros mismos tenéis que decidir. ¿estáis ya en la Aleta de Tiburon?*
Cambio.

Manolo le responde sin querer influir en las decisiones que ellos puedan tomar allá arriba.

-*Todavía queda un poquito. Ya hemos pasado la Piedra Tringular, allí no hemos perdido tiempo.* –Responde Lorenzo.

-*¿Quiénes vais, quienes vais, Flaco, Alisn, tú... quién más?* –vuelve a preguntar Manolo con impaciencia.

Sin responder a la pregunta, Lorenzo continúa hablando;

-*...no está malo del todo. Antes estaba muy cerrado y le he dicho a Bruce de bajarnos, pero Bruce está ahora abriendo huella y me parece que se la voy a dejar abrir hasta la cima. Bueno, toso mucho, ¿eso es malo, Manolo, es algún problema?* *Cambio.*

-*Eso no es ningún problema, es la sequedad ambiental, el cansancio... pero si en una hora estáis allí, estáis muy bien. Vosotros mismos, pero, ya donde estáis debéis calcularlo. Yo creo que podéis llegar y bajar perfectamente, vais gente muy fuerte y podéis ayudaros mutuamente.* *Cambio.*

-*¿A qué hora anochece?* –pregunta Lorenzo.

-*Allá arriba sobre las siete treinta o más tarde.* *Cambio.*

-*Bueno, aunque hagamos cima a las cuatro y media, aún tenemos luz para bajar.*

-*En el momento que lleguéis a las cuerdas fijas ya no tenéis ningún problema.* -
Argumenta Manolo- Cambio.

-En el momento que lleguemos a las cuerdas fijas ya no hay problema, que Lorenzo y Pepe nos hagan señales con las luces y, ya llegaremos.

-¡Ánimo para arriba! –Les grita Manolo queriendo darles las fuerzas que necesitan para llegar a lo más alto del K-2.

-Aquí tengo a Alison con cara de pocos amigos..., bueno, bueno, voy para arriba.

-Dale recuerdos a Alison de nuestra parte –termina diciendo Manolo- y animala también. Venga, Lorenzo, que lo estamos consiguiendo. Cambio.

Sigue una larga y tensa espera tan solo rota por las comunicaciones que tanto nosotros como os compañeros de Campo Base nos hacemos para cerciorarnos de que no han llamado desde la cumbre. Mientras tanto, en el Campo IV ha comenzado a soplar un fuerte viento proveniente del norte.

-Lorenzo, Lorenzo, ¿estás a la escucha? Cambio.

-Sí, sí. Aquí estoy a la escucha. Cambio.

-Seguimos sin ningún tipo de noticias. Cada vez estoy más convencido de que han llegado a la cima y que con la premura de tiempo, el frío y el viento, se han hecho la foto de rigor y se han bajado. Cambio.

-Aquí estoy en la tienda –le contesto a Manolo- que no estoy muy seguro de no salir volando con ella. Cambio.

-Pues, parecido a como estamos hoy aquí todos. Cambio.

El viento de norte sigue soplando fuerte en el Campamento Base y ha comenzado a soplar en el Campo IV donde las pequeñas tiendas son azotadas por ráfagas que las zarandean sin mayor peligro. La plataforma donde están montadas es lo suficientemente amplia y los anclajes lo suficientemente sólidos como para que bromeemos con salir volando sin estar realmente preocupados por ello. Mientras, las horas van pasando sin que tengamos noticias del equipo de cima. Hace mucho que no los tenemos a la vista y no sabemos dónde pueden de estar. Hacemos cálculos sobre lo que les faltaba para llegar a la cumbre y pensamos que ya deben de estar de vuelta y que, por lo que sea, no han podido contactar con nosotros. Esperamos pacientemente dentro de nuestros sacos, estamos cada uno en una tienda, Pepe en la situada al norte y yo en la del sur. Las tiendas son tan pequeñas que los dos juntos apenas cabemos en una y así estamos más confortablemente.

La tarde va avanzando y nuestro walkie-talkie sigue abierto pero en silencio. Estamos tranquilos, nuestros amigos forman una cordada muy fuerte y prudente y la montaña sigue en buenas condiciones, las amenazas de mal tiempo no se han materializado, no tenemos motivos para estar preocupados... y sin embargo, no podemos evitarlo, estamos en el K-2, la segunda montaña más alta de la Tierra y la vía que hemos seguido es larga y difícil, estamos a tres mil metros de desnivel del Campo Base, todo se puede complicar y lo sabemos. Hasta que no los veamos llegar a las tiendas no estaremos tranquilos.

-¡Adelante, adelante. Aquí Campo Base! A ver, Americano, ¿Qué me cuentas? Cambio.

¡Por fin el walkie-talkie suena! Es la voz de Lorenzo Ortiz la que ha intentado ponerse en contacto con nosotros y Manolo le contesta desde el Campo Base.

-... que me digas la hora –le repite Lorenzo.

-¿Cómo, cómo?

-Que me digas la hora –insiste Lorenzo de nuevo.

-Las seis y veintitrés, las seis y veintitrés. ¿Dónde estáis? Cambio.

-...

La comunicación no es buena y Manolo vuelve a repetir;

-Americano, son las seis y veinte. ¿Dónde estáis? Cambio.

-Muy tarde... ¡¡En la cima!!

-¡¡Bien, bien!! –Manolo no puede reprimir su alegría y se emociona gritando- ¡¡Bien Americano!! ¡¡Bien, Americano!! Americano, impresionante... Dí algo, di algo.

La voz de Lorenzo Ortiz también se nota emocionada, apenas puede hablar aunque se le oye firme y fuerte:

-Estoy muy cansado..., pero..., emocionado... esto no es como el Nanga.

-¡¡Americano, Americano, esto va por vosotros, por vuestro triunfo, por los que nos han ayudado, por Ramón Tejedor y el Gobierno de Aragón, por Guardiola y AGB, por nuestras familias que nos están apoyando, por Peña Guara, por Montañeros de Aragón, ... que suene esto por todo lo alto de la cima del K-2!!

Las notas del himno de San Lorenzo vuelven a sonar esta vez transportadas hasta la cima de esta montaña con la que tanto habíamos soñado todos nosotros y los que nos ayudaron a realizar este sueño. Como siempre que oigo estas notas, se me eriza la piel y las lágrimas inundan mis ojos. De nuevo la alegría de la cumbre. Me recuerda al Everest, también estaba yo esperando en el Collado Sur cuando mis compañeros llegaron a la cumbre. Puedo imaginarme perfectamente a Lorenzo llorando de alegría y emoción en la cima, él había deseado mucho escalar esta montaña.

-A ver, Lorenzo... -Escuchamos sollozar a Manolo, apenas puede hablar.

-A ver, Lorenzo, Americano, desde el Campo IV preguntan por Javier y por el Flaco. Cambio.

-Flaco va detrás de mí con Alison, muy cerca. Javier Escartín y Rob, el americano, van bastante más separados.

Yo estoy muy preocupado por la hora y así se lo hago saber a Lorenzo;

-Lorenzo, es muy tarde. Tenéis que bajar rápidamente.

-Sí, sí. Espero al Flaco para hacernos cuatro fotografías y nos bajamos.

-Aunque Javier no pueda subir, me preocupa lo tarde que es. –Insisto desde el Campo del Hombro.

Mis sentimientos se debaten entre la ilusión de que Javier Escartín, mi amigo y compañero de cordada, alcance la cima y la gran preocupación que me produce la hora en que han llegado a la cumbre. No son horas para estar tan lejos de las cuerdas fijas. Todos los amigos que han subido esta cumbre nos han dado el mismo consejo; “hay que llegar a la Travesía de día”. Apenas queda una hora de luz y no van a alcanzar ni siquiera la Piedra Triangular con las últimas luces. Por otra parte, también me tranquiliza pensar que los holandeses llegaron a esta hora a la cumbre, y Beghin y Profit... pero no pueden entretenerse.

-¿Qué hora es? –Vuelve a preguntar Lorenzo desde la cima.

-Las seis y media –Le respondo desde el Campo IV.

-Es muy tarde. Esto es muy largo, muy largo. –Me dice Lorenzo.

-Hasta las doce y media no vais a llegar aquí. –Le comento recordando la hora a la que los holandeses habían llegado a las tiendas del Hombro.

-Mantened la luz dada.

-Ya pondremos luces, ya. Pero, hay que darse prisa. –Contesto.

-Bien, bien. Le voy a decir a Bruce que me haga las fotos para mis espónsores.

-Y con las banderas de Peña Guara y Montañeros de Aragón. No os olvidéis.

Las fotos de la cumbre es el mejor regalo para los amigos del club y no se me olvida que en el Everest, Pepe Garcés y Toño Ubieto, olvidaron el banderín de Peña Guara y para alguno fue una frustración.

-Yo no las tengo. Espero que las lleve el Flaco.

-Las debe de tener, las debe de tener, pero... haced fotos de lo que tengáis.

-Venga Americano –es Manolo el que le anima desde el Base- venga, venga. Tranquilos, despacio. Cuando lleguéis a las cuerdas fijas, por favor, llamadnos. Llamadnos y decid: estamos en las cuerdas fijas. Por favor, hacedlo. Cambio.

-Ahora llega Flaco. –Nos comunica Lorenzo- Vamos a trabajar un poco y nos bajamos.

-Cuando os juntéis con Javier, él sí que tiene. –les digo yo.

-¡¡Flaco, Flaco, ánimo!! –Grita Manolo desde el Base.

-*He subido reventado pero, aquí estamos ya. Oye, muy bien.* –Es la voz de Javier Olivar desde la cumbre.

-¡¡*Muy bien, Flaco, muy bien!!* – Vuelve a gritar Manolo.

-*Parecía que no se iba a dejar pero..., venga, ahora a bajar con cuidado.* –La voz del Flaco se oye feliz, es su primera gran montaña en el Himalaya y le ha costado un gran sacrificio venir.

-¿*Qué tal tiempo tenéis?* –Pregunto desde el Hombro.

-*Hace mucho frío.*

-¿*Javier está muy lejos?* –Vuelvo a preguntar.

-*Ahora estamos hablando de si esperarlo o no porque a lo mejor le falta un rato.*

-*Flaco, ¿ha llegado también Alison?* –Pregunta Manolo.

-*Alison está aquí arriba, sí.*

-*Dale también un beso de nuestra parte. Cambio.*

La voz de Manolo se mezcla con la de Ansón que grita: -¡¡*Muy bien, tíos, muy bien!!*
¡¡*Alison, congratulations!!*

-*Vale, vale. Besos y abrazos para todos. Luego hablaremos más.* –Nos grita el Flaco.

-*Oye, ¿tenéis mucho viento? Cambio.* –Pregunta Manolo.

-*No, viento no hace, solo frío.*

-*Bien, bien, aquí hace un viento horroroso. Mejor, mejor. Cambio.*

-*Bueno, hasta luego.*

Mientras esperamos más noticias desde la cumbre, el viento no deja de soplar y anochece rápidamente.

Pasa el tiempo y el viento sopla cada vez con más fuerza, se está desatando una tormenta de viento y las tiendas son sacudidas por ráfagas que parecen querer arrancarlas de la montaña. Intento convencerme de que los anclajes son buenos y de que las tiendas aguantarán, intento tranquilizarme.

Desde la otra tienda Pepe me grita: ¡*Se me va a llevar la tienda el viento!*

Quiero calmarle diciéndole que es un exagerado, que no es para tanto. La verdad es que el huracán ruga con una fuerza inusitada y la tela de la tienda se hincha como la vela de un balandro. Pienso en los que están allá arriba, habrán tenido que resguardarse en algún lugar mientras cede el viento. Lo cierto es que no estoy demasiado preocupado por ellos, nuestra situación es lo bastante difícil como para añadir otros problemas. Lo que tenemos que hacer es intentar que las tiendas aguanten hasta que se haga de día.

-¡¡Lorenzo, Lorenzo, sujétame la tienda que se la lleva el viento!! – Pepe me vuelve a llamar desde la otra tienda. Su voz es tan angustiada que me asusto y, lo más rápido que puedo, abro la puerta de mi pequeña tienda y saco las manos para agarrar sus vientos. Me quedo acongojado, su tienda está en el aire. Mis manos se han quedado heladas instantáneamente, recubiertas por una capa de hielo, como si fuera un guante. Enseguida me doy cuenta de que voy a tener congelaciones. Pero lo que ahora importa es que la tienda de Pepe no vuele con él dentro. Me enrolló los vientos en la mano, porque se me están escapando, y le grito a Pepe:

-¡Date prisa, Pepe, y, sobre todo, ponte las botas! –Por un momento me he imaginado bajando de aquí sin las botas y me ha entrado pánico.

Cuando Pepe consigue ponerse las botas y salir por la estrecha puerta, yo suelto los vientos y la pequeña tienda sale volando en no sé qué dirección. Con ella van casi todas nuestras pertenencias; todos mis guantes, los de Pepe, su saco de dormir, el infiernillo y toda el agua que teníamos preparada para cuando regresasen nuestros compañeros, su mochila..., pequeñas cosas que aquí arriba, a 8.000 metros, son auténticos tesoros.

Pepe se mete conmigo en la tienda, estamos asustados aunque ninguno de los dos lo decimos. Hace un frío tremendo y solo tenemos un saco. Pepe tiene los pies helados y me pide que le dé unas friegas. Mis manos están ya llenas de ampollas y, aunque lo intento, apenas puedo darle un masaje tan ligero como inútil. Yo creo que tengo los pies bien, desde luego no siento nada de frío ni de dolor, así que, le cedo el saco y me acomodo a su lado metiéndome las manos en los sobacos y en la entrepierna en busca de algo de calor.

Afuera el huracán sopla cada vez con más fuerza aplastando la tienda y zarandeándonos de un lado para otro. Entre ráfaga y ráfaga, unos instantes de calma nos permiten tomar posiciones para poder aguantar el próximo envite que, precedido por un ruido característico, unas veces nos acomete desde el norte y otras desde el sur. Cuando lo oímos venir, nos sujetamos el uno con el otro para tratar de ocupar más superficie y así ofrecer mejor resistencia al viento.

Algún intervalo entre las investidas del viento ha durado más, creo que estamos agotados y nos hemos quedado dormidos. La voz de Manolo que nos llama desde el Campo Base nos despierta:

-Aquí Campo Base, aquí Campo Base. ¿Hay alguien a la escucha? Cambio.

-Manolo, Manolo, soy Pepe.

Manolo no puede resistir la tentación de felicitar a Pepe por la ascensión a la cumbre.

-¡Enhorabuena, lider, enhorabuena. Cambio,!

-Gracias. Pero, estamos en una situación muy delicada. El Campo IV se está destrozando. Estos no han llegado todavía. Hay una tienda que ha volado con todas nuestras pertenencias dentro y yo casi voy detrás. Estamos en una tienda Lorenzo y yo y hace mucho viento. Cambio.

-Aquí hace muchísimo viento también, -responde Manolo desde el Base- está volando todo, tu tienda se ha destrozado, la hemos arreglado como hemos podido. Oye, ¿las tiendas de los kiwis no estarán más seguras? Cambio.

-A ver, Manolo, repite que no te oigo.

-Si las tiendas de los kiwis no estarán más seguras. Cambio.

-Las tiendas de los kiwis están bastante lejos de aquí. Cambio

-Vale, vale.

-El viento viene del norte y es muy fuerte, muy fuerte –continúa Pepe desde el Campo IV- Lorenzo está sin guantes... en fin, tenemos que esperar, tenemos que esperar.

-¿No tenéis guantes, no tenéis nada? – pregunta Manolo- Cambio.

-No porque ha volado la tienda donde teníamos todo, han volado las cámaras, los guantes,..., todo.

-Bueno, bueno. De los de arriba no sabemos nada, me imagino que todavía no habrán llegado a las cuerdas fijas. Cambio. –la voz de Manolo intenta transmitirnos confianza no dando importancia a nuestra crítica situación.

Cuando preguntamos qué hora es, nuestra decepción es muy grande, todavía son las nueve de la noche y hubiéramos jurado que ya eran las doce por lo menos. Hace apenas una hora y media que se ha hecho de noche y este tiempo se nos ha hecho eterno. No sabemos si podremos aguantar el resto de la noche.

Cortamos la comunicación con el Campo Base, nuestras pilas deber de estar casi agotadas y la comunicación es pésima. No obstante, continuamos a la escucha en espera de que, en cualquier momento, nuestros compañeros se pongan en contacto con nosotros cuando lleguen a las cuerdas fijas, tal y como habíamos acordado.

El huracán vuelve, esta vez con más fuerza y de nuevo zarandea nuestra pequeña tienda de un lado para otro, es como si un gigante la sacudiese para intentar arrancarla de la ladera. La tienda llega a ponerse completamente aplastada, hinchándose y amenazando con salir volando con nosotros en su interior.

Me sorprende a mí mismo porque lo que siento no es pánico, creo que estoy demasiado ocupado en intentar sujetar la tienda como para preocuparme del miedo a morir. Creo que le he dicho a Pepe si piensa que podremos bajar vivos. El ruido del nylon sacudido por el viento apenas nos deja hablar. Debería rezar, supongo que sólo Dios puede

ayudarnos, pero, de nuevo me sorprende cuando pienso que no me parece serio recurrir a Él cuando en otras ocasiones no lo hago, así que decido no rezar.

La situación va empeorando por momentos y la tienda comienza a moverse arrastrándonos. Le grito a Pepe que raje el nilón con una navaja que tengo en el bolsillo, tal vez así, si el viento no tiene tanta resistencia a pasar, haga menos fuerza sobre la tienda. Cuando Pepe consigue hacer varias rajadas en las paredes de la tienda, el viento helado nos golpea en nuestros rostros apenas protegidos por los trajes de altura. Ahora estamos más a merced de la tempestad pero, tenemos que resistir como sea. Yo me esfuerzo en pensar en Isabel y en mis hijas, tengo que regresar vivo, he dejado demasiadas cosas pendientes, siempre me ha gustado dejar cosas para la vuelta, eso me da fuerzas para desear volver.

La tienda sigue zarandeándose, el viento la está levantando y la plataforma sobre la que está montada va desapareciendo poco a poco, como cuando en el mar las olas te quitan la arena de debajo de los pies. Tenemos que abandonar la tienda si no queremos bajar la montaña dentro de ella.

Cuando salimos, el viento es fortísimo pero nuestros cuerpos no oponen tanta resistencia como la tienda y disminuye considerablemente el peligro de ser arrastrados. Clavamos un piolet hasta la cruz y nos atamos con una cuerda que los kiwis habían dejado junto a nuestra tienda. El cielo está completamente despejado y la Luna llena ilumina la noche. Estamos sentados sobre una colchoneta de neopreno, Pepe está dentro del saco y, aunque insiste en que me meta dentro con él, yo prefiero estar fuera, moviéndome de un lado para otro para no dormirme, tengo miedo de no despertarme más. El frío es penetrante, lo siento dentro de mí y sin embargo, no tiemblo. Eso me preocupa bastante porque pienso que debería de temblar, es la única manera de generar calor en mi cuerpo, así que, me esfuerzo en temblar aunque, la verdad es que con muy poco éxito.

Las horas van pasando muy lentamente mientras el viento parece que va aminorando, el huracán pierde violencia. Estamos los dos sentados mirando hacia el mar de montañas que se extiende a nuestros pies y que la Luna llena ilumina con su pálida luz. La visión sería fantástica si no fuese porque el viento que todavía sopla desde el norte nos está helando. No tenemos noticias de nuestros amigos que Dios sabe dónde y cómo estarán soportando la noche. No sabemos qué hora es y sacar la mano para consultar nuestro reloj es demasiado complicado. Casi no hablamos, estamos muy preocupados por nuestros amigos que ya deberían de estar aquí. Tampoco sabemos muy bien cómo vamos a bajar de Hombro en nuestras condiciones.

-Pero, ¿es que el Sol no va a salir nunca? –No sé si Pepe me hace la pregunta a mí o al mismo Universo que estamos contemplando.

Cuando comienza a clarear el nuevo día, la cima del K-2 vuelve a teñirse de rojo intenso, le siguen el resto de cumbres respetando la jerarquía que les otorga su altura. Como en anteriores ocasiones, este estallido de belleza es el preámbulo de un magnífico día, el viento ha disminuido considerablemente y sólo un ligero penacho de nieve polvo arrastrado por los restos de la tempestad de la noche, se asoma desde el otro lado de la arista que forma el Hombro. Ni una sola nube mancha al immaculado paisaje.

Esperamos sentados a que el calor del sol nos reconforte. Cuando decidimos movernos, nuestras miradas se dirigen hacia el Cuello de Botella en busca de nuestros amigos que deberían de estar bajando hacia aquí. El frío nos ha debido afectar nuestra vista porque lo vemos todo muy borroso. No hay señales de ellos pero yo hago una fotografía hacia la cumbre convencido de que cuando la veamos en casa podremos distinguirlos como unos pequeños puntitos bajando hacia el Hombro. No obstante, no puedo evitar acordarme de los tres ucranianos que el año pasado murieron bajando de la cumbre. Realmente creo algo que ha debido de pasar porque ya deberían de estar aquí.

Sin aceptar la gravedad de la situación y convencidos de que bajarán, hacemos balance de nuestro estado. Pepe está con congelaciones en los pies y en las manos. Yo tengo las manos que son unas ampollas, mis dedos están rígidos, apenas puedo coger nada. No tenemos infiernillos con que fundir nieve para beber, la comida también voló con la tienda. Sólo tenemos un par de guantes así como un piolet y los crampones. Nuestro estado físico es lamentable, la tormenta nos ha dejado agotados. No estamos en condiciones de ayudar a nadie, ni siquiera podríamos ayudarnos el uno al otro si hiciese falta. Visto todo lo cual, decidimos bajar porque no podríamos soportar una noche más en el Hombro.

Pepe se coloca los crampones y, después de abrocharme las botas, también me los coloca a mí. Hemos encontrado en los restos de la tienda unas medias que deben de ser del Americano, Pepe se las pone a modo de guantes y me deja los suyos a mí que tengo las manos en peor estado. Sin poder comer ni beber nada, echamos una última mirada hacia el Cuello de Botella antes de abandonar el Hombro.

Es una huida hacia la vida. Pepe va delante de mí. El terreno mixto es delicado, cualquier resbalón, cualquier descuido, supondría una caída de tres mil metros hasta el pie de la montaña. El terreno por donde vamos es muy empinado y la nieve está venteada y dura, yo apenas puedo coger el piolet y Pepe camina con dificultad, pero hemos decidido bajar desencordados, no estamos en condiciones de asegurarnos porque, si uno resbalase arrastraría al otro. Es mejor que cada uno se cuide a sí mismo y asuma sus propios riesgos.

Me prometo a mí mismo bajar con la máxima prudencia y no doy un paso sin tener el piolet bien clavado. Soy consciente de mi estado de agotamiento y del peligro que eso representa. Voy muy lentamente, cada tres o cuatro pasos necesito detenerme para descansar, todavía estoy casi a 8.000 metros. Espero que cuando hayamos perdido altura, mejore mi estado físico.

La pendiente por donde estamos bajando es como una “placa de viento”, todavía se notan nuestras huellas de subida que tan solo son unas muescas en la nieve dura. Más abajo, las rocas añaden más dificultades a nuestro descenso. El mal estado de mis manos me hace ir con más confianza por la nieve donde puedo clavar todas las puntas de los crampones y donde me siento más seguro, por eso me desvío hacia la derecha, hacia una fuerte pendiente blanca que baja con uniformidad hacia el fondo del valle suspendido donde está nuestra tienda del Campo III. Pepe continúa destreando las rocas por donde habíamos ascendido y su ruta queda netamente a mi izquierda llegando incluso a perderle de vista.

Una vez que hemos abandonado la arista que forma el Hombro del K-2, ha desaparecido todo vestigio de viento y el sol, que poco a poco va ganando altura, nos comienza a atosigar con su calor. Y pienso que no debe de ser exactamente calor porque la nieve no se transforma, sigue tan dura como al principio y el traje de altura no me molesta demasiado, debe de ser más bien la falta de aire lo que hace esta atmósfera asfixiante. No he bebido nada desde ayer y la deshidratación hace que me sienta todavía más agotado, continuamente chupo trozos de nieve en mis paradas que son cada vez más prolongadas. Soy consciente de que voy muy mal, muy lento, pero tampoco quiero correr más, me esfuerzo en ser metódico, primero clavo bien el piolet y entonces desciendo dos o tres pasos hasta que tengo que volver a clavar el piolet. Me tengo que detener a descansar cada pocos pasos, intento dar más pasos seguidos pero no me es posible, estoy agotado.

No es la primera vez que me parece que escucho una voz, ahora ha sido la voz de Alison que me llamaba, antes ha sido Javier. Me he detenido para escuchar mejor y ... nada. Deben de ser alucinaciones. Continúo bajando y de nuevo vuelvo a escuchar la voz de Alison. Pienso que el agotamiento me está haciendo sufrir alucinaciones pero me tranquiliza que todavía sea consciente de ello. Al final, después de mucho rato, descubro que mi barba, al rozar el cuello del traje de altura, produce los sonidos que me están pareciendo voces. Aparto el cuello de mi barba y automáticamente desaparecen las alucinaciones.

Me parece ver a Javier, está sentado al otro lado del valle glaciar, veo su traje de altura gris plata, no comprendo qué hace allí pero comienzo a caminar hacia él atravesando hacia la derecha. Cuando llevo un buen rato cruzando la fuerte pendiente en su dirección, apenas he adelantado unas decenas de metros pero me doy cuenta de que es demasiado grande para ser él, tan sólo es un serac y una ilusión, continúo descendiendo.

A la derecha de la línea que sigo en mi descenso, en medio del valle glaciar, veo claramente un cuerpo, está como sentado, esta vez está tan claro que no puede ser otra alucinación. Continúo bajando en dirección a él, desviándome más de la ruta de bajada seguida por Pepe al que ya hace bastante rato que no veo. La fatiga no me permite avanzar más rápido aunque la ansiedad así me lo pide. Conforme me voy acercando, más claramente veo que es un cuerpo, está como sentado en la pendiente y va vestido con un traje oscuro. A pocos metros de él, descubro una bota. No hay duda, es de Alison, la reconozco sin problemas porque lleva puesto el calentador que ella misma me había enseñado unos días antes, el cable que se enchufa a la batería se asoma por dentro de la bota. Cuando llego al cuerpo, no es más que su anorak, recuerdo perfectamente la cenefa de flores en tonos lila. El anorak no está apenas roto, es más, diría que está incluso abrochado. Junto al anorak, todavía en torno suyo, está el arnés de cintura que llevaba. Comprendo que nuestra amiga Alison se ha despeñado, seguramente caería en la fuerte pendiente que hay encima de la Piedra Triangular arrastrada por el viento de la noche. Pienso en su marido y, sobre todo, en sus hijos de los que tanto nos había hablado. En la parte superior del valle glaciar donde me encuentro hay tres líneas que denotan que han caído más cosas, una de estas líneas corresponde con el anorak que he encontrado. Más abajo, al final del valle, donde se corta la pendiente formando un gran serac, distingo un cuerpo, debe de ser el de Alison, al lado de este cuerpo hay otras cosas que no acierto a distinguir bien, ¿quizás son mochilas?, ¿quizás otros cuerpos?

Contemplo todo con una resignación sorprendente, se ha caído alguien bajando del K-2 ... , bueno, pienso, es normal que entre seis caiga alguien. Me pregunto, ¿cómo es posible que no me impresione una tragedia así? Sólo hay una explicación y es que esta noche yo también he pensado que iba a morir.

Recojo el arnés y el mosquetón para enviarlo al marido de Alison y continúo bajando en dirección a un pequeño serac que tengo debajo por ver si allí hay algo más. Cuando llego cerca del borde veo que no voy a poder bajar por allí así que, remonto otro pequeño serac que hay a mi izquierda para ir en busca del camino que me tiene que llevar al Campo III.

He necesitado cerca de una hora para remontar una pequeña cuesta. En lo alto del serac la superficie está llana y me he sentado para descansar. Allí he encontrado un gorro rojo, me parece reconocer el gorro de un anorak viejo que llevaba el *Flaco*. No le doy mucha importancia, si es de él, es fácil que se lo llevara el viento.

La tarde está llegando a su fin y todavía estoy lejos de la tienda del Campo. Enfrente de mí, en las rocas, hay alguien que está bebiendo agua, va con una mochila, lleva bávaros y un gorro blanco, un gorro playero. Debajo de él hay otra persona que está quieta. Deben de ser alguien que nos viene a ayudar. Dejo de descender y me dirijo a ellos. Voy muy lento, a pesar de haber perdido altura considerablemente, ahora debo de estar a unos 7.200 metros, cada vez voy más despacio. Durante mucho tiempo voy caminando hacia ellos pero... no se mueven. Además, ¿quién va a venir por aquí con bávaros? Decido que es una nueva alucinación, para ser personas hace mucho rato que no se mueven, tengo que seguir hacia el Campo III antes de que se me haga de noche si no quiero quedarme dormido para siempre por aquí.

Con las últimas luces llego a la tienda, por fin he encontrado las huellas de Pepe y ya he podido ir algo más rápido. Pepe está dentro de la tienda, estaba medio dormido esperándome y me invita a entrar;

-Pasa, Lorenzo. ¿Cómo has tardado tanto? Ya me tenías preocupado.

-Aliso se ha caído, he encontrado una bota y su anorak –le contesto- Su cuerpo está cerca de aquí pero, cuando bajen estos, ya les diremos que lo entierren.

Pepe se queda mudo ante la noticia y no dice nada.

-¿Hay agua y algo para comer aquí? –le pregunto a continuación.

-No, Lorenzo. Aquí no hay nada, lo subimos todo al Hombro.

-Pues yo me tengo que bajar al Campo II, necesito beber y comer algo porque si no mañana no voy a poder bajar.

A pocos metros de la tienda del Campo III comienzan las cuerdas fijas. Sólo nos separan 500 metros de desnivel del Campo II. Estoy agotado, apenas puedo dar tres pasos seguidos pero sé que si que si paso otra noche sin beber ni comer, mañana estaré mucho más agotado y tal vez entonces no tenga fuerzas ni para tenerme de pie.

Mientras Pepe se prepara para continuar descendiendo, yo bajo al comienzo de las cuerdas fijas, apenas unos metros por debajo de la tienda, y me instalo el “ocho” en la cuerda. La cuerda fija me devuelve la seguridad, es como un cordón umbilical que nos une con el Campo Base, ahora ya estoy más seguro y comienzo el lento descenso hacia el Campo II. Es completamente de noche y, aunque no llevo linterna, voy dejándome llevar por las piernas que van tropezando con los restos de las huellas de los días anteriores.

Cada vez que llego a una fragmentación donde tengo que sacar la cuerda del “ocho” para volver a colocarlo en la cuerda siguiente, de nuevo me impongo la disciplina de la seguridad. Sé que con la fatiga vienen los descuidos y los accidentes. Llevo una cinta unida a mi arnés que empleo para asegurarme con un mosquetón a la cuerda por la que bajo y no continúo hasta que Pepe no llega hasta mí y me ilumina con su linterna para cerciorarme de que he colocado bien el “ocho” en la cuerda por la que voy a descender.

Es bien entrada la noche cuando llegamos a la tienda del Campo II. El viento de la noche anterior ha destrozado el plástico que la protegía de la nieve pero la tienda está en buen estado. Cuando nos tumbamos en su interior para descansar, llevamos más de quince horas descendiendo desde que salimos del Hombro. En todo este tiempo no hemos comido ni bebido así que, mientras Pepe comienza la ingrata tarea de fundir nieve para hidratarnos un poco, yo intento ponerme en contacto con el Campo Base. Aquí tenemos pilas de repuesto pero, una vez cambiadas, el Walki-Talkie no funciona, seguramente el frío ha bloqueado los sistemas. Intentamos todo lo que se nos ocurre, calentamos las pilas, nos metemos el aparato dentro del cuerpo..., finalmente lo ponemos a calentar directamente en el infiernillo... nada, imposible establecer comunicación. En el Campo Base deben de estar muy preocupados porque no tienen noticias nuestras desde hace horas. Nosotros también estamos algo angustiados porque nos gustaría saber algo de los Javieres y de Lorenzo. El hallazgo de los restos de Alison nos ha dejado muy preocupados.

Hemos pasado la noche durmiendo de un tirón, estábamos realmente agotados y después de beber abundantemente y de comer algo, el calor de los sacos nos hizo conciliar el sueño y olvidarnos por unas horas de las angustias vividas.

Cuando amanece nos ponemos enseguida en funcionamiento, de nuevo, mientras Pepe prepara algo para beber y recuperar energías, yo intento solucionar los problemas de la radio. Esta vez hay más suerte, seguramente la noche anterior las baterías no hacían buen contacto o, tal vez, el calor corporal que el aparato ha recibido durmiendo también dentro del saco, le ha recuperado los mecanismos. El caso es que, por fin, establecemos comunicación con nuestros compañeros del Campo Base.

-Aquí Campo II llamando al Campo Base. ¿Estáis a la escucha? Cambio.

-Aquí Campo Base, Lorenzo, soy Manolo, ¿Cómo estáis? ¿Cómo estáis? Cambio.

-Bueno..., bien, estamos bien. Pepe tiene congelaciones en las manos y en los pies y yo tengo también las manos congeladas. Ayer bajamos hasta este Campo completamente agotados y llegamos muy tarde, ha sido muy duro. ¿Sabéis algo de los de arriba? Cambio.

-Os vimos bajar ayer y vimos que ibais muy despacio, nos teníais muy preocupados. De los de arriba no sabemos nada, no los vemos bajar. Pensamos que tal vez se han ido por el Espolón de los Abruzzos porque allí hay cuerdas fijas desde el Hombro. Cambio.

-Manolo, estamos bajando muy mal de fuerzas, dile a Ansón que suba para ayudarnos. Pepe va mejor que yo, pero los dos vamos muy mal. Cambio.

-No te preocupes, Lorenzo, ahora salen unos porteadores con Ansón. Sobre todo id despacio y con mucho cuidado.

Habíamos quedado con los porteadores el día quince para emprender el regreso el dieciséis, teníamos el tiempo justo para subir a la cumbre y regresar mientras Manolo se encargaba, junto a Abdul, el ayudante de cocina y Atta, de recoger el Campo Base y tenerlo todo listo para cuando llegásemos nosotros.

Le cuento a Manolo que ayer me encontré el anorak y una bota de Alison y que su cuerpo está al borde del serac. Puedo escuchar llantos cuando Ansón traduce la noticia a los porteadores de la expedición norteamericana a la que pertenecía Alison y que también están muy preocupados por la ausencia de noticias. Manolo vuelve a pedirnos mucha prudencia y cuidado en el descenso.

No madrugamos, queremos que el sol nos caliente y bebemos obsesivamente antes de salir, perdimos las cantimploras en el Hombro y no podremos beber hasta que lleguemos al Base. Lo de comer lo tenemos más difícil porque nos es imposible ingerir cualquier cosa que no sea líquida.

Antes de salir recogemos algo el Campo II, vamos a bajar lo que podamos para que nuestros compañeros, cuando vuelvan desde la cumbre, puedan ir más descargados. El Campamento III se quedó preparado con sacos y colchonetas y aquí también dejamos infiernillos, cargas de gas, pilas para los walkie-talkie, etc... nosotros solo intentaremos bajar cuatro sacos y nuestros trajes de altura que ya no necesitamos llevar puestos. Pepe carga la única mochila que tenemos y yo meto tres sacos y mi traje en una funda de vivac que llevaré arrastras.

Después de volver a atarme las botas y de ponerme los crampones, Pepe emprende el descenso por las cuerdas fijas. Yo iré detrás a una distancia prudencial. Pensamos que las cuerdas deben de estar enterradas y por eso Pepe, que tiene las manos en mejor estado que yo, irá preparando el terreno para mi descenso.

A pesar de que yo no puedo cerrar los dedos y que las ampollas sacan peor aspecto que ayer, no tengo demasiados problemas para manejarme por las cuerdas y solo el "ocho" requiere mi atención porque puede escaparse de mis torpes manos en cualquier maniobra de cambio de cuerda.

Cuando la pendiente se pone más fuerte y, sobre todo, en los tramos verticales, la funda de vivac con los sacos que llevo arrastras a mi lado me va molestando y dificultando mi descenso. No puedo coger la cuerda que une esta carga a mi cintura y acaba por enredarse continuamente. En mis esfuerzos por deshacer estos líos me estoy destrozando las ampollas y el líquido que estas emanan me empapa los guantes. Estoy perdiendo mucho tiempo y muchas energías así que, cuando pienso que la línea de caída

es recta hacia la base de la vía, tiro la funda de vivac con los sacos y el traje de altura con la esperanza de que baje hasta abajo donde la volveré a recoger.

Sin el lastre de la carga continúo descendiendo más cómodamente pero no más deprisa. Sigo agotado y necesito descansar constantemente.

El día vuelve a ser magnífico, no hay ni una sola nube y el viento ha desaparecido, pero hoy no disfrutamos del paisaje, estamos demasiado preocupados por nuestros amigos que no sabemos dónde están.

Cerca del Campo I veo subir a alguien, debe de ser Ansón que viene a ayudarnos. Enseguida llega hasta mí, nos abrazamos y me pregunta por mi estado. Yo le pregunto si han visto algo, pero la respuesta es la misma, nuestra única esperanza es que hayan decidido bajar por los Abruzzos. Hay que esperar a que bajen los neozelandeses que están allí a ver si ellos saben algo.

Cuando llego al glaciar, ya en la base de la montaña, está anocheciendo. No sé cuantas horas me ha costado bajar desde el Campo II pero son muchas, demasiadas.

He buscado la funda de vivac con los sacos pero no la he visto, seguramente ha debido de caer en el cono de deyección de la avalancha que con frecuencia se precipita junto a nuestra vía. No importa, en estos momentos no le doy importancia a lo que se ha perdido, *“los problemas que se pueden solucionar con dinero no son problemas”*.

El tramo que nos separa del Campo Base y que en condiciones normales nos costaría entre cuarenta y cinco minutos y una hora, me cuesta recorrerlo un derroche de fuerza de voluntad. Ansón viene conmigo animándome y yo necesito sentarme a descansar en todas las piedras un poco aparentes que encuentro.

A mitad camino nos alcanzan los kiwis, los neozelandeses, vienen muy serios y apenas se detienen a saludarnos. Regresan de su Campamento II donde han dejado enterrado a Jeff.

Jeff Lakes era un canadiense que pertenecía a la expedición neozelandesa de Peter Hillary. Jeff fue el último que pasó por nuestras tiendas en el Hombro de vuelta de intentar la cumbre. El huracán le sorprendió en su Campo IV que estaba algo más abajo que el nuestro, al otro lado de la arista que forma el Hombro. La tormenta de viento le destrozó la tienda y perdió todo su material de escalada, sus amigos no se explican cómo pudo bajar por la Pirámide Negra sin el material necesario. Las nubes de estancamiento de las que nosotros estábamos resguardados por la orientación de nuestra ruta, debían de añadir una intensa nevada a la ventisca. Cuando alcanzó el Campo III, también se lo encontró destrozado y tuvo que continuar hasta el C-II donde sus compañeros le estaban esperando. Allí llegó en un estado de agotamiento extremo porque durante la noche, mientras dormía, murió. Sus amigos lo enterraron allí mismo ante la imposibilidad de bajar su cuerpo.

Esta noticia nos ha llenado de pesimismo. Los neozelandeses no han visto nada y ellos están convencidos de que nadie va a bajar de la cumbre. Yo me aferro a la idea de que no es posible, no es posible que de seis personas no consiga bajar ninguna. Yo creo que Javier se habrá refugiado en algún lugar hasta que pasase la tormenta y ahora estará

bajando, no me lo imagino arriesgando más de lo necesario, es un hombre muy prudente... Y Lorenzo y el Flaco, con la experiencia que tienen... no es posible. Además, había cuerdas fijas desde la Piedra Triangular hasta la base del Cuello de Botella...

Cuando llego al Campo Base, Manolo sale a recibirme y nos abrazamos emocionados, los dos lloramos y, aunque sabemos por qué, ninguno de los dos decimos nada. También Abdul y Atta me abrazan. Abdul no sabe qué hacer para llevarme hasta la tienda comedor. Encuentro todo muy desordenado, no hay luz, el radiocasette no está..., no siento esa sensación especial de otras veces, esa sensación de que llegas a casa. Pepe está sentado con los pies a remojo y las manos vendadas, Manolo le ha aplicado las primeras curas a sus congelaciones y ahora va a hacer lo mismo con las mías.

-Bueno, Lorenzo, ya está –me dice Manolo una vez que me ha las manos- Y, ahora, a ver esos pies.

-No, si los pies los tengo bien.

-Bueno, bueno, pero enséñamelos. –insiste Manolo.

Cuando me quita las botas, ¡sorpresa!, llevo todos los dedos de los pies congelados. En ningún momento he sentido que los pies se me estuvieran congelando y se me cae el mundo encima, siempre me había parecido una complicación tener congelaciones en los pies porque pienso que son mucho más difíciles de curar que las de las manos y estos pies tienen muy mal aspecto.

LA ESPERA

-Good morning, Sir –Abdul llama a la puerta del túnel que une mi tienda con la de Javier y que ahora ocupa Pepe porque la suya se rompió durante la tormenta. Apenas ha amanecido y nos trae algo para desayunar pero no es imposible comer nada. Tan solo ingiero, con gran esfuerzo, lo mínimo para poder tomar los medicamentos que me administra Manolo.

El agotamiento nos ha ayudado a conciliar el sueño a pesar de que la preocupación y la cada vez más confirmada certeza de que ha ocurrido una tragedia no deja de dar vueltas en nuestras cabezas.

Nuestra situación es... “*un desastre*”, por un lado, seguimos esperando que alguien pueda bajar de arriba, no podemos creer que hayan muerto los seis que fueron a la cima, alguien tiene que bajar, alguien tiene que haber sobrevivido a la tormenta. Por otra parte tampoco estamos en condiciones de ir a buscar ni de ayudar a nadie, Pepe y yo estamos con aparatosos vendajes en pies y manos y con unas dificultades para movernos y hacer las más elementales que continuamente me hacen preguntarme cómo sacamos fuerzas para llegar hasta aquí. Manuel Ansón, que es el único con conocimientos técnicos para subir hasta el Hombro, físicamente no está en condiciones de hacerlo. Atta, el oficial de enlace, es un peligro llevarlo más arriba del Campo III porque carece de técnica y de preparación. Los tres neozelandeses que también tienen a uno de sus miembros desaparecido, han perdido toda esperanza de que alguien baje y se disponen a regresar a

su país rápidamente. Por último, de la expedición norteamericana, todos sus miembros se habían marchado hace más de una semana y solo quedan en el Campamento Base el cocinero baltí y su ayudante.

Manuel Ansón y Manolo Avellanas, con la inestimable ayuda de Abdul y algún porteador están terminando de preparar las cargas para abandonar el Campo Base. 40 porteadores llegaron la tarde del día 14 para emprender el regreso hacia Askole al día siguiente y ya han pasado dos días aquí, a 5.000 metros de altitud, sin equipo ni comida y están empezando a impacientarse. Abdul ha tratado de calmarles explicándoles nuestra situación pero tienen que ponerse en camino sin más tardar.

Abdul nos ha dicho que han dado la noticia del accidente en radio Pakistán. No sabemos cómo ha podido trascender pero estamos seguros de que la noticia también habrá llegado a España. Lo peor de todo es que han dado los nombres de todos los desaparecidos excepto de los nuestros que escuetamente han simplificado como “tres españoles”. Rápidamente hacemos venir a los neozelandeses a nuestras tiendas donde Pepe y yo estamos inmovilizados. Tardan bastante rato en acudir a nuestra llamada, su Campo Base está a unos doscientos o trescientos metros del nuestro y la excusa de que estaban preparando sus cargas para el regreso no nos convence. Peter Hillary nos confirma que estuvieron en el Campo Base del Broad Peak con Scott Fischer, un norteamericano que dirige una expedición comercial a esta cumbre, y que habían llamado a través de un teléfono vía satélite que él tenía a los familiares de Bruce y de Jeff y que no habían llamado a nadie más, que ha debido de ser Scott Fischer el que habrá difundido la noticia. Ante nuestros reproches de por qué no nos han avisado de la existencia de ese teléfono, nos explican que Scott no les dio permiso para ello porque no tiene autorización del gobierno para llevarlo. Tampoco podemos llamar ya puesto que Scott ha desmontado el Campo Base y en estos momentos ya está de regreso hacia Askole. Sólo nos queda la esperanza de que el helicóptero venga lo antes posible y la incertidumbre de nuestras familias y amigos sea lo más corta posible.

Pasamos el día escrutando la montaña en busca de señales de vida, la ruta Cessen se ve prácticamente en su totalidad, desde el Hombro hasta la base. Mientras, la tristeza nos invade y lloramos continuamente porque los plazos razonables para que alguien baje ya se han agotado, el tiempo ha sido magnífico durante estos tres días después de la tormenta.

Hoy tampoco ha venido el helicóptero. Mejor, prefiero esperar, no me sentiría bien abandonando el Campo Base pensando que alguien todavía puede bajar de la cima. Está anocheciendo cuando nos metemos en nuestras tiendas porque el frío es muy intenso. Ansón ya se ha ido con la mayoría de los porteadores y nos hemos quedado en el Base, Avellanas, Pepe y yo con otro pequeño grupo de porteadores que recogerán los restos del campamento. Atta ha bajado para avisar al helicóptero pero no nos fiamos de él y enviamos mensajes con todos los que regresan para que den aviso de que necesitamos ser evacuados. Cuando nos quedamos solos nos sentimos desamparados, estamos a 5.000 metros de altitud, a una semana de Askole, el lugar habitado más cercano, acompañados de un grupo de porteadores que no sabemos cuanto tiempo aguantarán aquí, sin poder movernos más que escasamente unos metros, lo justo para hacer nuestras necesidades, esperando el regreso de unos amigos que nos resistimos a dar por desaparecidos y mirando hacia el Chogolisa en busca del característico ruido de un helicóptero que no estamos muy seguros de que alguien haya avisado...

19 de agosto, seguimos en el Campo Base esperando a que nos rescaten y ya hemos perdido la esperanza de que nuestros amigos estén con vida, definitivamente algo ha debido de ocurrir en lo alto del K-2 porque nadie baja, aquellas líneas que vi yo cuando encontré los restos de Alison serían las huellas de caída de los demás aunque no me puedo imaginar a Javier Escarpín intentando bajar en medio de la tormenta, yo creo que se quedaría con alguien refugiado en algún abrigo, esperando a que amainase el temporal y que se quedaría allí dormido por el frío... Hace dos días hizo mal tiempo, amaneció nevando y con la montaña cubierta, hubo avalanchas en el K-2, pero después, el tiempo ha vuelto a ser excelente.

Manolo Avellanas, que aprovecha para llorar cuando no está delante de nosotros, se desvive por cuidarnos y Abdul es lo más parecido a una madre, incluso creo que cocina mucho mejor que antes, lástima que nos sentimos incapaces de comer nada, solo tenemos ganas de llorar y de volver a casa.

Hoy han pasado por el Campo Base unos italianos, estaban intentando una cumbre de siete mil metros cercana al K-2, en la vertiente oeste. A ellos apenas les afectó la tormenta de viento. Han dado por finalizada la expedición y van a darse una vuelta por el glaciar hasta la base del Espolón de los Abruzzos. Les pedimos que miren a ver si encuentran algo. Están un rato haciéndonos compañía mientras les explicamos nuestras vivencias, nos anima ver que hay alguien más por aquí que podría ayudarnos si fuera necesario.

Como todos los días, estamos sentados al sol, mirando una vez más hacia el K-2 y haciéndonos las mismas preguntas que todos los días, preguntas para las que no tenemos respuestas. A nuestro lado, como todos los días, el escaso equipaje preparado por si viene el helicóptero. A primera hora, Manolo ya nos ha hecho las curas y nos ha administrado los medicamentos. Abdul también nos ha intentado reanimar con un apetitoso desayuno pero Pepe apenas lo ha probado y yo tengo un nudo en el pecho que me impide comer aunque me esfuerzo en hacerlo porque sé que necesito alimentarme.

A primera hora de la tarde, cuando la desesperación ya estaba empezando a minarnos la moral, Abdul da la voz ¡¡*El helicóptero!!* ¡¡*Ya está aquí el helicóptero!!* Enseguida todos oímos los motores y nos preparamos con ansiedad. Dos pequeños aparatos Lama surcan el cielo en nuestra dirección y una mezcla de alegría y de tristeza nos embarga, alegría de dar por terminada esta angustiada espera y poder hablar con nuestras familias y amigos para aclarar la incertidumbre que durante estos días les habrá hecho sufrir y tristeza de dejar a nuestros amigos definitivamente en la montaña, de aceptar que no van a regresar de la cima y de que ya no vamos a poder disfrutar más de su amistad.

Atta sale de uno de los aparatos, advertimos en su rostro una sonrisa de triunfador, como de quien acaba de realizar una proeza y nosotros no sabemos si abrazarle o cogerle del cuello y estrangularlo, pero no hay tiempo que perder, abrazo muy fuerte a Abdul queriendo transmitirle todo mi agradecimiento, cojo mi mochila y apoyado en los bastones me meto en el aparato que rápidamente se eleva en el aire. Manolo y Pepe se montan en el otro y vemos a través de las ventanillas cómo Abdul y los demás porteadores nos despiden agitando las manos, ellos esperarán un día más recogiendo el Campamento. Mientras abandonamos emocionados esta morrena que ha sido nuestro

hogar en los dos últimos meses, siento que, a pesar de la alegría, hoy es el día más triste de mi vida.

Lorenzo Ortas Pont
1.996